



Mónica de Torres Curth

TODO
LO QUE
DEBEMOS
DECIDIR



la
tejedora

**Todo lo que
debemos decidir**

*la
tejedora*

Narrativa

Todo lo que debemos decidir

Mónica de Torres Curth


EDITORIAL
UNRN

—Ojalá nada de esto hubiera pasado.

—Así es para todos los que viven en estos tiempos, pero no les
corresponde decidir. Todo lo que debemos decidir es qué
hacer con el tiempo que se nos ha concedido.

J. R. R. Tolkien, *El Señor de los Anillos*

La nevada

Despertó sobresaltado, pero prestando atención se dio cuenta de que no había ningún motivo para inquietarse. No había ruidos. Ninguno. Ni siquiera los habituales. Una claridad poco común entraba por la ventana, pero no fue lo suficientemente curioso como para salir de abajo de las cobijas. La económica ya estaba apagada y el Chucho dormía ovillado al lado, juntando los últimos caloritos del hierro tibio.

Un aire helado le recorrió el rostro y se apretujó más entre las mantas. Hubo algo que sí le llamó la atención. El clarear entraba por la ventana pero no por debajo de la puerta. Juntó coraje y se levantó de un salto. Pasó la mano por el vidrio empañado y vio una nevada tupida, de varias horas, que tapaba hasta donde podía ver.

Lo hecho, hecho estaba. No había soltado los animales, no había llevado al caballo al galpón, no había guardado la montura. Era la última vez que volvía borracho. Solo se había ocupado de aflojar la cincha. Había prendido la económica y así como estaba, mamado, se tiró sobre el catre lleno de mantas revueltas. Después de eso no se acordaba de nada más.

Acomodó unos troncos adentro de la estufa, tiró unas cucharadas de ceniza con querosén y un fósforo. Abrió un poco la puerta y detuvo la mirada un rato. Mientras calentaba agua para el mate se sintió acobardado. ¿Y si ya era tarde? Se calzó las botas, se puso el poncho y el sombrero, y salió para los galpones.

El alazán estaba echado, con los ojos abiertos y tapado de una capa de nieve pareja y esponjosa. Hacía rato que se había muerto. «Pobre bicho. Qué huevón que fui», pensó. Apenas si pudo sacar la montura.

Las sogas mojadas y la cincha aún apretada bajo el cuerpo del caballo le dieron bastante trabajo. Sacudió el polvo blanco pegado al cojinillo, sacó el freno y el cabestro y los colgó adentro del galpón.

Fue dando pasos cortos y cautos hasta el corral, con las piernas enterrándosele hasta las rodillas. Las ovejas estaban todas juntas, pegadas unas con otras, como una masa, como una unidad. Trepó la tranquera y saltó. Tendría que hacer mucha fuerza si quisiera abrirla. Vio cómo lo miraban, con esa mirada ida de las ovejas, y vio que ninguna se movía. «Una manta de lana sobre la lana», pensó, y las tocó a todas. Frías, hechas estatuas de hielo, con la nieve reposando sobre hocicos, cabezas y miradas. Todas frías. Todas juntas y pegadas. Las empujó con el pie, primero a una, luego a otra, y la masa ovina se mantuvo de piedra. Menos una. Una que hizo un gesto, un gesto sin sonido. Un parpadeo quizás.

A patadas partió el corral de hielo que apretaba a la única oveja que no estaba muerta. Le dolían las manos de tanto manipular el frío sólido que se pegaba a todas las cosas. Como pudo llegó a ella. Apenas respiraba y tuvo que arrancarle pedazos de lana para poder despegarla del resto. La alzó y dio una última mirada a las otras. Como muñecos de juguete, estaban tiradas con las patas tías, pegadas de a dos, pegadas de a tres.

10 Empujó la tranquera y logró abrirla lo suficiente para pasar con la oveja en brazos. Caminó poniéndole el pecho al viento y a la nieve que caía cada vez más espesa. Empujó la puerta de la casilla y se deslumbró por la oscuridad. Apoyó la oveja en el piso al lado de la económica y la cubrió con el poncho. Puso más leña y salió a buscar otro poco. Por lo menos estaba hachada. A pesar de unos cuarenta o cincuenta centímetros de nieve que la cubrían, estaba seca.

Cuando estuvo adentro, seguro de que había hecho todo lo que podía hacer, se preparó unos mates y armó un cigarro. Era imposible

saber qué hora sería ni cuánto tiempo había estado dormido. El Chucho tenía las orejas erguidas y el hocico pegado al piso, con la mirada alabeada.

El vapor del agua hacía unos rulos largos al lado de la bombilla cuando cebaba. Pasaron dos o tres pavas hasta que la oveja se movió. La empujó un poco con el pie y no pasó más nada. La nevada seguía fecunda y constante, y el tiempo se había vuelto hielo también.

Tuvo hambre. Buscó algo de carne que tenía guardada y la calentó sobre la económica. Con el cuchillo comía y cortaba para el perro, que ahora estaba parado y atento a los movimientos del filo sobre el hueso.

No supo cuántas horas pasaron. La claridad era indiferente y extraña; el silencio, pesado. La oveja seguía inmóvil bajo el poncho y el perro de nuevo, ovillado.

«Esto no va a parar así nomás», pensó. Revolió entre sus cosas y encontró el poncho de lona encerado que había sido de su padre. Ese era bueno para las nevadas. Agregó leña y salió hacia el galpón de nuevo. Ató un fardo de pasto con una sogá, juntó en unas alforjas algunas cosas que pensó que podría necesitar, buscó la pala y volvió a la casa llevando el fardo a la rastra.

La única evidencia del paso del tiempo era la leña que se consumía. Nada más. La oveja seguía inmóvil, el perro suspiraba cada tanto y la nieve caía con ese empecinamiento que a veces tiene, suave, delicada, irremediable. Se aseguró de que hubiera suficientes palos en la económica y se acostó.

Se despertó. El tiempo había pasado, medido en cenizas en la base de la económica. La oveja, parada al lado del catre, lo contemplaba con su mirada líquida y el perro movía la cola. Se acercó a la ventana y todo parecía igual, solo que ahora podía ver nada más que dos hilos del alambrado.

Sacó un poco de harina, grasa, levadura y empezó a preparar una masa para hacer pan. Puso la mezcla cerca del calor de la estufa y, fumando un cigarro, esperó a que se hinchara. Amasó y metió el bollo en el horno. El pan se hizo y el ambiente se llenó de perfume. La oveja lo acompañaba fiel, pegada a sus talones, en los paseos cortitos alrededor de la mesa; el perro lo miraba desde su lugar cerca del fuego.

«Si esto sigue no voy a poder salir», pensó. Buscó varias cosas y las fue acomodando en la alforja: un cuchillo, una manta, fósforos, unas velas, el pan, un poco de carne charqueada. Se abrigó lo más que pudo, ató al lomo de la oveja una bolsa con pasto. Se puso el poncho de su viejo y el sombrero de ala ancha. Abrió la puerta. Era difícil decidirse. Intentaría ir río abajo hasta encontrar el camino. Ahí podría cruzar por el puente carretero y llegar al pueblo. Agarró la pala y salió. Cuando había dado unos pocos pasos sintió un ruido plástico, amortiguado. El techo del galpón se desplomó. El de su casa no aguantaría demasiado tiempo. Tendría que irse pronto.

No había viento. Empezó a caminar abriendo una huella honda y angosta, seguido con el perro hociqueándole los talones y la oveja que lo seguía incondicional. Era un andar voluntarioso, le costaba bastante. Hasta ahora no había necesitado usar la pala más que de bastón. Caminó bordeando el alambrado, sabía que eso lo mantendría alejado del río. No veía ni animales ni pájaros. No se oía nada.

12 Anduvo, calculaba, unas diez o doce leguas. Tenía sed y estaba muy cansado. El paisaje parecía estirarse. Cuando llegó al sauzal río abajo, ya la nieve le llegaba a la cintura. En la ladera buscó con la mirada la cueva que lo había cobijado tantas veces. Apenas se veía la entrada. Paleando llegó hasta arriba. Le pareció glorioso el piso seco.

Se sacudió, juntó palitos y bosta y encendió un fuego. Comió algo de pan y compartió con el perro. Puso pasto para la oveja y se recostó tapado por su poncho.

Despertó con un nuevo sobresalto. Estaba cansado, muy cansado, le dolían las piernas, los brazos y la garganta. Apenas si podía ver afuera de la cueva por un resquicio que quedaba, ¿había más de dos metros de nieve? Estaba tan cansado que el sueño lo venció otra vez. ¿Cuánto tiempo? Imposible saberlo.

Cuando volvió a despertar la cueva estaba oscura y podía sentir las miradas del perro y la oveja como esperando a que decidiera algo. Juntó todo. Se sentía increíblemente bien. Empezó a hacer un túnel desde la boca de la cueva hacia abajo. La nieve no estaba compactada, se cavaba fácilmente.

En un silencio sólido, ahora el tiempo se medía por el ritmo del impacto de la pala en la nieve esponjosa, adelante, arriba, atrás, con el perro y la oveja pisándole los talones. Una y otra vez, un camino infinito hacia alguna parte. Al mirar hacia atrás parecía que iba derecho. Al mirar hacia arriba parecía que había kilómetros de nieve sobre su cabeza. No se filtraba una gota de luz, pero sin embargo todo era claro. No le extrañó.

De repente la pala se hundió más de lo debido. Un hueco se abrió ante él. Asomó la cabeza. Un túnel largo, ancho y cálido corría perpendicular al suyo. Entraron los tres, se sacudió la nieve y sintió que la ropa le sobraba. Se sentó a un costado de la abertura que había hecho y se quedó un rato esperando, mientras comía un poco de pan. Por un costado corría un arroyito. Los tres acercaron los hocicos al agua y bebieron despacio, disfrutando. El perro tomó la decisión. A la derecha.

El camino se hacía cada vez más ancho, más apisonado, como si muchísimas personas y animales hubieran transitado por ahí, pero aun así estaba limpio, impecable. Observó que el arroyo corría en su misma dirección. «Vamos hacia el río», pensó y se apuró un poco. El perro se alejaba y volvía hasta él, agitando la cola.

Un ladrido lo asustó. Le sonó como hueco, de tan acostumbrado al silencio. El perro estaba ante una nueva bifurcación, alerta, dibujando ojos en el suelo con el hocico. Cada tanto levantaba la cabeza como tratando de escuchar. Se movía nervioso de un lado a otro. De pronto se sintió un chasquido. El hombre quedó inmóvil, la oveja solo miró y el perro salió lanzado hacia la izquierda. Era importante no perderlo de vista. Apuró el paso, pero con cautela. El piso de hielo podía ser traicionero.

Un hombre estaba sentado a un costado del túnel, junto a un agujero por el que seguramente había entrado, como él. Le pareció familiar. Como si algo en él le hiciera sentirse confiado. El hombre comía un pedazo de carne asada, jugosa y caliente, sobre un trozo de pan que parecía recién horneado.

Se acercó con el sombrero en la mano y el hombre hizo un gesto como invitándolo a sentarse. Compartieron la carne en silencio. La comida caliente, el mate y la compañía del hombre lo reconfortaron y lo llevaron lejos en sus recuerdos. Rememoró las comidas a la tarde con su padre, mientras le llegaban perfumes de su infancia. El pan crujiente, el puchero siempre hirviendo en la económica. Orégano fresco colgando en ramitos en la pared del fondo, el tomillo, la menta. Le pareció sentir la presencia de una mujer en la trastienda del hueco que quizás se ocupaba de las cosas de la casa. Pensó en su madre, pero el pensamiento fue furtivo y la imagen se desvaneció.

14

La sombra de una madre joven con un niño se dibujó al fondo del túnel, hacia donde corría el agua. Una añoranza le cerró la garganta y deseó haber tenido un hijo. Se levantó, le tendió la mano al hombre y su tibieza le dio un escalofrío. Miró por el hueco esperando ver a la mujer de la trastienda y la vio de espaldas, con un delantal anudado a la cintura, amasando quizás, lo que dedujo de un movimiento rítmico hacia adelante y hacia atrás con los brazos.

No dijo nada, juntó sus pocas cosas y le dio una mirada al perro, que ya se le adelantaba.

Retomó la marcha, apurando el paso para ver si alcanzaba a la madre y al niño, pero los había perdido de vista completamente. Cuando tomó el mismo recodo que ella, se encontró frente a un laberinto de túneles blancos, algunos más luminosos que otros, algunos más anchos y otros más estrechos, unos que subían, otros que bajaban. Miró al perro pidiendo ayuda. Se dio cuenta de que hacía años que era su único compañero. «Busque», le dijo, pero el perro se quedó pegado a su pierna esperando su decisión.

Recorrió con la mirada todas las bocas que aparecían frente a él. Le pareció que escuchaba rumores, como de voces, quizás alguna guitarra, y de a poco muchas personas empezaron a aparecer sólidas frente a él, cada una ocupándose de sus cosas, algunos caminando, otros sentados, de a dos, de a tres, viejos, niños, mujeres. Se los veía plácidos, despreocupados. Llegué, pensó, y se sentó a fumar un cigarro.

Un hombre muerto, recostado sobre su poncho y abrazando a su perro, formaban una estatua de hielo. A la derecha una oveja con los ojos bien abiertos, inerte, parecía controlar la situación. Hizo un gesto, un gesto sin sonido. Un parpadeo quizás.

Tres cosas

Lo que mucha gente llama amar consiste en elegir a una mujer y casarse con ella. La eligen, te lo juro, los he visto. Como si se pudiese elegir en el amor, como si no fuera un rayo que te parte los huesos y te deja estaqueado en la mitad del patio.

Julio Cortázar, *Rayuela*

Tres cosas recordaba de ese día. Dos de ellas las volvería a ver y a sentir muchas veces, pero la otra no. Nunca más.

Hacía frío, pero era lo habitual, como sus manos desnudas, como sus zapatillas rotas y mojadas. Le había sangrado la nariz por una pelea con el Moncho y tenía la cara un poco hinchada. La sangre seca, la cara percutida, la mugre vieja, le hacían más notorios los ojos grandes. Oscuros y enormes, como los de su madre. Eso, y que era el más bajo, le daba más resultado que al resto.

Se paraba en la vereda, cerca de la puerta de los negocios, y repetía algo que ya no era ni siquiera lo que quería decir. A veces, aunque se quedara callado, la gente igual le daba algo, y otras veces, aunque hablara, nada.

Le gustaba acercarse mucho a la gente y sentir su incomodidad, estudiar los pequeños gestos como aferrar la cartera, abrazar a los niños o apretar el puño que sostiene las llaves del auto. Por eso se había agarrado a piñas con el Moncho, porque una señora se puso a gritar cuando él se acercó a la mesa. Él no había hecho nada, solo acercarse, pero por su culpa, por la de él, no por la de la señora, el dueño del local, que siempre los dejaba estar ahí y que siempre les daba las cosas que quedaban en las mesas, los había echado a los

gritos. Lo comprendía al Moncho, era más grande y tenía más responsabilidades porque eran como cuatro hermanos. Pero una pelea era una pelea y se la aguantó como un hombre, aunque tenía seis.

Ese día había sol, pero el viento le cortaba la cara y las lágrimas habían dibujado un par de caminitos en sus mejillas. Había llorado de bronca. La piña del Moncho no le dolió tanto, pero sí que lo dejaran solo y que le dijeran que no lo querían ver nunca más. Sabía que no era cierto, que después las cosas se arreglarían, que cuando cayera la noche se juntarían y comerían lo que habían conseguido, que se acurrucarían uno contra otro en la puerta de la iglesia del lado que no pega el viento y que se dormirían en la tibieza del calor compartido de sus cuerpos. Pero igual le dolió, porque el Moncho era como un hermano mayor y sabía que tenía razón. Cuando Antonio los echó de la puerta de la confitería, les dijo mocosos mugrientos, ladrones y cosas que siempre repetía, pero de las que al final se arrepentía. Al rato los llamaba, les daba una bolsa y a veces les acariciaba la cabeza mientras murmuraba. «No tomen frío», les decía. Muchas veces les daba un vaso de chocolate caliente y, siempre, algo para comer. Esta vez se había enojado en serio y les había gritado más. Quiso explicarle que no le había robado nada a la señora, pero Antonio estaba furioso.

18 Corrieron por la vereda hacia el lago y, cuando el peligro de los gritos había pasado, el Moncho lo agarró por el hombro y le pegó. La verdad, no esperaba que le pegara, todavía no recuperaba el aliento por la carrera, así que la piña le dio en plena cara. Se cayó, pero se levantó enseguida y se trenzaron los dos, más como una demostración de hombría que por otra cosa. La pelea duró hasta que escucharon chillar la sirena de un patrullero y todos corrieron a esconderse. Hay pocas plazas en la ciudad, pero esa tiene un montón de escondites. Cuando se iba, el Moncho le gritó «no queremos verte nunca más». Él sabía que no era verdad, pero igual se puso a llorar.

Caminó un poco sin saber a dónde ir, extrañó a su mamá y pensó en volver a casa. Quiso subirse al 60 pero el chofer le dijo que no. Cada vez hacía más frío y se sintió muy solo. Caminó con pasos cortitos pegado a la pared, mirando las luces y los colores de las vidrieras, sin hacer caso a nada. Encontró una piedrita redonda y negra y la fue llevando con patadas breves, siempre un metro adelante de él. Se distrajo un buen rato.

Una patada un poquito más fuerte y la piedrita quedó justo en la entrada de la chocolatería. Un piso hermoso, lleno de dibujos. Cuando iba a patear otra vez, ella salió y se paró frente a él. Nunca había visto unos zapatos tan brillantes ni había sentido un perfume tan exquisito. No pudo mirarla. No pudo levantar la vista de esos zapatos, de su forma, su color, su brillo, su delicadeza. No pudo moverse, paralizado por ese aroma perfecto, algo que jamás había sentido en una mujer. Vio la piel blanca de sus manos cuando le tomó la propia. Sintió la suavidad de su piel y la firmeza con la que lo llevó adentro del local. Escuchó la caricia de su voz y supo lo que era estar enamorado. No podía decir ni una palabra. Ella le soltó la mano para buscar algo en su cartera y él quiso salir corriendo, pero no se podía mover.

Ella volvió a tomarle la mano y lo llevó a una de las mesas cerca de la vidriera. Nunca había estado del lado de adentro. El perfume, su voz, el espectáculo de la gente pasando por el otro lado del vidrio apretándose los abrigos en el cuello, las risas de este lado, la textura de la madera de la silla, sus pies casi flotando, porque no llegaba al piso. Ella ahí, y él sin poder mirarla, sabiendo que nunca más amaría a una mujer de esa manera.

Ella le acercó una servilleta de papel blanca con un ribete azul, con dos barritas de chocolate. No atinó ni a levantar la mano. Le hablaba, pero él no podía escuchar. El amor te cierra la garganta y los

oídos. Empujó un poco más la servilleta hacia él. Entendía que esas dos barritas de chocolate le pertenecían y le pertenecerían para siempre, pero estaba paralizado. Un hombre se acercó a la mesa, hablaron y ella se levantó. Le pasó su mano delicada por el mentón mientras se iba y lo dejaba en la más absoluta desolación.

No supo cuánto tiempo pasó. Quizás solo unos minutos. Una empleada de delantal rojo le trajo una bolsa con dos medialunas y otra más para que guardara sus chocolates. Los guardó en el bolsillo cuidadosamente. Se bajó de la silla con un saltito y se fue despacio hacia la puerta. Había oscurecido. Respiró hondo y salió. Como un hombre.

Ese aire de la tarde

De todas las cosas que recuerdo, que son tantas, una es la que me tiene atado como un hilo flexible y sutil que de cuando en cuando me enreda el alma y tengo que volver para desovillar. Siempre supe por qué me fui, pero cada tanto mi decisión se vuelve difusa. Dudo. Dudo y tengo que volver a ver. Aquí, a este preciso lugar, al mismísimo punto de partida.

Cuando quedo envuelto en el polvaredal que deja el colectivo al irse, cuando ya empieza a perderse en el horizonte del camino, cuando todo queda quieto, cuando el tiempo vuelve a quedar suspendido, tengo que mirarme las manos para darme cuenta de que ya tengo cuarenta y cinco años, y para traerme. Acá. Ahora.

De todas las cosas que recuerdo, es el aire quieto de la tarde—en ese espacio tenue entre la luz y la sombra, entre el sol y el sueño de los pájaros— lo que me tiene amarrado a esta tierra. Todo está detenido y apenas un susurro, que a veces ni percibo, me dice que pasa el tiempo. Porque si cierro los ojos y vuelvo a abrirlos dentro de un siglo, todo estará igual de quieto. Estará el mismo perro durmiendo en la vereda esperando a que llegue la fresca, estará la misma vieja apoyada en la escoba de paja, como por empezar a barrer la vereda de tierra apisonada.

No conozco otro aire como este. Ni otros atardeceres ni otras calles.

Siempre supe por qué me fui, pero no sé cómo me he ido.

Cuando quedo envuelto en el polvaredal que deja el colectivo al irse, cuando ya empieza a perderse en el horizonte del camino, cuando quedo quieto, no atino a dar el primer paso.

Cuando la vida se bifurca me paraliza. Cada decisión obliga a un abandono y cualquier abandono duele. Yo sé por qué lo hice, solo que no puedo deshacerlo. Soy otro, soy un extraño y lo sé. Lo sé en todas partes, en estas calles, en los perros, en los niños nuevos, en los jóvenes viejos y los nuevos jóvenes ausentes. Lo sé en todo, menos en los ojos de mi madre que, justo hoy, se han cerrado.

El vuelo

La cena, como desde hacía más de dos meses, consistió en una taza de mate cocido con un pedazo de pan. No podía levantar la vista y mirarlas a los ojos. Hacía más de medio año que estaba sin trabajo. Desde que había aparecido mamado, los de la empresa no volvieron a buscarlo ni para changas. La cosa estaba cada vez más jodida. Ya nadie les prestaba ni les fiaba.

Se levantó y, sin decir nada, salió de la casa. Fue derecho al bar. Había poca gente. Dos o tres tomaban solos y otros, en un grupo al fondo, se reían y contaban cosas.

—¿Te sirvo algo?

—No, no tengo para pagar.

—Te lo anoto, hombre, servite una ginebra. —El hombre de atrás de la barra le pasó la botella y un vaso para que él mismo se sirviera. Les prestó atención a los de atrás que hablaban cada vez más fuerte. ¡Habían vendido cueros de puma a la estancia! La idea lo sacudió. Él tenía el rifle que fue de su viejo. No debía ser tan difícil cazar un bicho de esos si uno va bien armado. Tendría que caminar dos o tres días para llegar a los cañadones.

Si conseguía algunas pieles podría hacerse de unos pesos. La nena se venía grande y había que comprarle cosas. En la iglesia le daban zapatos y lo que le hacía falta para la escuela, pero no era suficiente. Se acordó de su vieja que le enseñó a no quejarse. La Catalina no se quejaba tampoco, pero los ojitos de la nena sí. No porque le dijera algo, sino porque lo miraba largo. No lloraba ni nada, solo lo miraba. Y él entendía perfectamente lo que le quería decir.

El alcohol le reavivó el ánimo. Sabía que había peligro si salía a cazar. Nunca lo había hecho. «No puede ser tan difícil», pensó.

Se levantó, tomó el último trago de ginebra y se fue. Esa noche le costó dormirse. Pensaba cómo iba a hacer. Iba a tener que caminar bastante, pero a él le gustaba ese viento espeso que le empujaba la cara. Muy adentro suyo se sentía parte de ese paisaje, aunque no se había criado ahí. De chico, cuando no tenía de qué preocuparse, había jugado a que cazaba. Pensando en eso se quedó dormido.

No les dijo a dónde iba porque sabía que la Catalina no iba a querer. Pensó en lo que llevaría. Juntó algunas cosas y las puso en una alforja: la petaca y también una manta, a la noche se ponía frío. Nada más, tenía que andar liviano.

Cargó en el bolsillo las pocas balas que tenía y miró alrededor. Se estaba yendo y se dio cuenta de que ella ya estaba mirándolo. Apoyó el rifle en el marco de la puerta y se acercó muy despacio, para no despertar a la Catalina. Él ni había soñado con ser padre, pero desde que nació la nena quería ser un buen padre. Le besó la frente y ella lo miró. Lo miró sin decir nada.

Salió apurado del pueblo para no encontrarse con nadie. El perro empezó a seguirlo y lo echó: «¡Vaya pa'la casa, carajo!».

Empezó a aflojar el paso hacia el mediodía. ¡Cuánto más fácil sería si tuviera un caballo! Iba a tener que irse por los cañadones para llegar a la meseta. Todavía escuchaba a los tipos del bar diciendo que allá habían encontrado varios animales grandes.

Se sentó bajo unos chacayes que le retaceaban la sombra. Tomó un poco de agua. Antes de que le entrara la flojera retomó el paso. Fueron seis o siete horas de andar continuo y lento. Quedaba lejos, esperaba que valiera la pena.

Cuando empezaba a ponerse el sol encontró unos árboles y unas piedras grandes. «Acá me voy a quedar», pensó. La noche se le haría larga y mejor tener algo de madera para quemar.

Cortó un poco de leña. Estaba verde, pero el chacay arde bien igual y hace buenas brasas. Prendió un fogón y comió una rodaja de pan. De vez en cuando iba tirándole unos palos al fuego para que no muriera, de lejos, sin salirse de la manta que lo envolvía como la noche. Ni podía estirarse del frío que sentía. Miró al cielo y se acordó de esa canción que dice no sé qué de un chaparrón de estrellas. Era así nomás.

El sol había pegado fuerte todo el día y él no había parado más que un rato. Cansado, se quedó dormido sin darse cuenta.

Despertó sobresaltado, en medio de la noche absolutamente negra, con un frío que le lastimaba la cara. La manta se había caído a un costado y temblaba. Cuando se estiró a buscar un palo para avivar el fogón los vio. Dos ojos grandes y amarillos lo miraban de frente, no muy lejos. Tiró el palo con fuerza entre las pocas brasas que quedaban y se levantó una nube de chispitas que disipó la imagen. Tanteó el rifle, lo cargó, sacó el seguro y esperó apretando la espalda contra la piedra, que estaba más fría que la noche misma. Hacía fuerza para ver detrás del tenue resplandor de las llamas, pero no vio nada más.

Con cautela volvió a alimentar el fogón. Buscó la petaca y pegó un trago. Se fue tranquilizando. «Soñé», dijo, «soñé». Y pensando en esos ojos se acordó de la nena, que lo miraba igual. Armó un cigarro con las manos entumecidas y esperó el amanecer fumando, poniendo ramitas en el fuego. No pudo dormir más.

Cuando empezó a clarear, juntó sus cosas y tiró algo de tierra sobre el rescoldo. Ya se iba cuando vio las pisadas justo enfrente de donde había dormido. Un escalofrío le recorrió la espalda. Era un

animal grande, muy grande, no esperaba encontrar uno tan cerca. Miró alrededor y se sintió muy solo. Dudó si estaría haciendo lo correcto, pero le vino a la cabeza la charla de los tipos del fondo en el bar, que tomaban y se reían. Juntó coraje y empezó a caminar. Tendría que tener más cuidado.

Hizo un trecho largo hasta que encontró un ojo de agua. Paró allí un buen rato. Se refrescó la cara y el pelo. Tomó bastante agua, cargó su botella y comió otro pedazo de pan.

Las primeras elevaciones estaban cerca y el camino se hacía cuesta arriba, pero igual trepó con ganas. Le dolía la cabeza de tanto sol. De vez en cuando se cruzaba una liebre, pero no podía gastar balas en eso. No traía tantas y las liebres no valían nada. En cambio, un cuero de puma se lo podían pagar cincuenta pesos o más. Tenía que encontrarlo. Llegó arriba de la meseta y paró a descansar. Tardó en encontrar suficiente leña. Pensó en buscar un lugar más seguro que la noche anterior. Había un hueco en la piedra, a pocos metros de la barranca que caía a pique. Se resguardó en la seguridad de la pequeña cueva que, a la vez de protegerlo del frío, le cuidaría la espalda. «Anoche tuve miedo», reconoció.

Antes de que oscureciera prendió un buen fuego y decidió dormir un poco. De noche tendría que estar alerta.

26 El sol de la tarde y el frío de la madrugada no eran buenos compañeros para su desabrigo y su falta de comida, y ahora ya escaseaba el agua. Tuvo sueños afiebrados. Soñó con los ojos del puma en el rostro de su hija. Lo miraba y le pedía algo, él quería ser fuerte y no podía, porque se consumía y se achicaba, la nena trataba de hablarle y el puma lo miraba de arriba, él buscaba las huellas y no las encontraba porque el puma volaba, él quería correr y caía, tenía las piernas heladas y duras, y los dedos, los dedos no los podía mover, no podía tirarle... Y despertó. Empapado en sudor y caliente por la

fiebre. Apenas pudo inclinarse para poner leña en el fuego que ya se apagaba. Se acomodó acurrucado en su manta, con el rifle cargado y sin seguro. Un trago de ginebra y otro. Quiso armar un cigarro pero sus manos no le respondían. Ni siquiera comió. Trataba de no dormirse pero su mente se iba.

No lo escuchó, pero supo que estaba ahí. Solo veía los ojos que lo miraban, largo, como la nena. Sin maldad. Se movió lo más rápido que pudo, pero por la torpeza de la fiebre el rifle cayó y salió un disparo. Los ojos seguían ahí, mirándolo. No había tiempo de recargar. Agarró el cuchillo y enroscó bruscamente la manta en el brazo. Los ojos no se movieron.

Tambaleándose se levantó y arremetió contra ellos. Tres pasos y cayó por la barranca. Abrió los brazos y mientras caía pensó que ahora que podía volar, lo cazaría enseguida.

La noticia

Cuando entró al rancho le costó acostumbrarse a la poca luz. No dijo nada. Se sacó el sombrero, lo colgó en el gancho atrás de la puerta y encendió la radio. Buscó algunas astillas de abajo de la económica, hizo un bollo con papel de diario y prendió el fuego. Muy despacio las llamitas fueron ganando los pedazos de leña seca, que empezaron a chisporrotear acompañando el silencio del rancho en la tarde de verano. Puso la pava a calentar, buscó el mate y esperó. Prendió un cigarro, más por costumbre que por ganas, y siguió esperando. El tiempo anda despacio cuando se termina el trabajo. Se agachó un poco y acarició al perro, hecho un ovillo a sus pies. Entrecerró los ojos y dejó ir el pensamiento entre pitada y pitada. La pava empezó a silbar.

Se acercó a la pileta para lavarse las manos. Dejó que el agua fría le corriera por los dedos. Se secó con el trapo, lo colgó con cuidado en el caño de la cocina.

Acercó el banco junto al fuego y se sentó. Como en un ritual dejaba caer el chorrito de agua en la calabaza, a un costado de la bombilla, sin que cubriera toda la yerba. Chupaba lentamente, con la mirada perdida en la tierra apisonada de la cocina. Tomó cuatro o cinco mates, sacó una olla renegrida del armario, puso unas papas, unas zanahorias, y fue a buscar un pedazo de carne a la fiambra que colgaba del maitén. Cuando terminó de preparar todo puso la olla sobre la cocina. Se apoyó en el marco de la puerta y sacó un papelito ajado del bolsillo. Lo desenrolló con cuidado, como temiendo que se rompan las palabras. Volvió a leer: «La Silvia está embarazada. Espera que la vengas a buscar. Susana».

Se acomodó el sombrero y volvió a salir. Caminó muy despacio hasta el potrero. Había tiempo. Siempre había tiempo. Ya empezaba a bajar el sol, pero igual buscó el cabestro y llevó la tordilla al galpón. La dejó ahí nomás, no hacía falta que la atara, y entró a buscar las cosas. Antes de ensillar la cepilló con cuidado. Le gustaba cuidar lo que era suyo. No tenía mucho, pero lo que tenía era importante para él. Y suficiente. Nunca ambicionó más.

Con prolijidad acomodó el recado, cinchó y montó. Salió al paso, para cualquier parte, callado y serio. La yegua tomó el camino que bordea el río. La tarde estaba quieta. Algún pájaro cruzaba el cielo cada vez más azul, cada vez más rojo. «Un hijo, la puta que es pronto», pensó.

Se lo imaginó. Negrito y de ojos grandes. Y se imaginó su sonrisa, lo pensó corriendo con él, aprendiendo a ser hombre a su lado. Se lo imaginó su amigo. Se le cerró la garganta. Iba a hacerlo orgulloso de ser un hombre de campo.

Cuando volvió ya era noche cerrada. Desmontó despacio, guardó el recado y soltó la yegua. Miró las estrellas. Caminó al rancho sin hacer ni un ruido. Empujó la puerta y entró. Esta vez no le hizo falta acostumbrarse. Afuera estaba más oscuro que adentro. No prendió el farol, solo avivó el fuego de la cocina. Hacía frío a pesar del verano. Destapó la olla, se sirvió y empezó a comer.

30 Dejó el plato en la pileta y se recostó en la cama. No podía dormir. Tendría que ampliar el rancho, conseguir una cama grande y traerse a la Silvia a vivir con él. Después haría una cuna y una hama-ca. Y amansaría un caballo, sí, el que nació la semana pasada.

Crisol de razas

«Crisol de razas», decía la maestra, y ella escribía en el renglón del cuaderno con su lápiz mocho «Crisol de razas». Y hacía una C grandota y con un par de remolinos, y subrayaba con un lápiz de color. Crisol. Le gustaba esa palabra y soñaba con las damas y los caballeros, las peinetas y esos patriotas heroicos que salvaban a la patria y que no solo cumplían con la ley sino que la escribían, y firmaban así como ella escribía Crisol, con firulete, Saavedra, y su cuaderno decía Rivadavia con la *R* grande, importante. A ella le hubiera gustado tener un nombre que empezara así, como Rivadavia, Laprida, como Crisol de razas, pero se llamaba Juanita Ancalao. Trataba de escribir la *A* de Ancalao como Laprida o Rivadavia, pero nombres como el suyo no se escriben con firulete, quizás ni con mayúscula porque la maestra no se lo corregía cuando ponía la *a* chiquita.

Crisol de razas. Ella siempre fue una soñadora, por eso se quedaba sentadita en la puerta de la casa con su cuaderno tratando de inventar un buen remolino para su nombre antes de que cayera el sol. La madre solo le hacía una seña para que guardara todo cuando se lo veía venir de los corrales a la tarde para cenar e irse a dormir. Lo miraba de ahí abajo nomás, renegrido y parco. Se preguntaba cómo sería tener un papá patriota, de uniforme, caballo blanco y con un sable largo. Él se sentaba a la mesa y la madre le servía primero. Comía en silencio con la mirada puesta en la tierra apisonada del rancho, como si no estuviera ahí. Ella le miraba los pies y veía las botas gastadas y sucias y se acordaba de la foto que la maestra le mostró de San Martín, tan erguido y con las botas altas y lustrosas, eran tan altas las botas, hasta las rodillas. En otra foto estaba Merceditas,

con el vestido blanco o amarillo, no se veía bien porque el *Billiken* era viejo, con los bucles que le colgaban a los costados, atados con una cinta ancha que brillaba como la helada. Merceditas que lo miraba a su papá mientras él le ponía una mano en el hombro, ella con los zapatitos blancos y él con las botas negras tan altas.

El hombre se levantó antes que el sol, prendió la salamandra y salió afuera. Entró con una brazada de leña y su madre le acercó un mate. A contraluz de la claridad del horizonte veía subir el vapor desde la boca del mate. «Se acaba la yerba», dijo ella, y él no le contestó nada. Él salió de nuevo y ella puso más leña al fuego, sacó con la palangana un poco de harina de la bolsa y la dejó sobre la mesada abajo de la ventana. Todavía envuelta en la manta, Juanita los miraba en silencio. Su madre se desempolvó las manos, se acercó y le dijo «arriba hija, que ya fue a ensillar». Ella se levantó y sintió frío. Se puso los zapatos que ya le apretaban un poco, pero no dijo nada. Una taza de leche y un pedazo de pan la esperaban sobre la mesa. El hombre volvió a entrar y, de pie nomás, tomó dos o tres mates.

Juanita Ancalao lo miraba a su papá, que no le hablaba nada, no como San Martín que había escrito unas máximas para su hija, que ella muy bien no sabía lo que querían decir, pero debía ser importante porque su papá era un patriota. Lo miraba tomar mate en silencio y pensaba en las damas que bordaban la bandera para que los soldados la pusieran allá arriba en la cordillera. Se ve desde el rancho la cordillera, aunque no se ve la bandera, han de haberla puesto muy alto, pensaba. La miraba a su mamá que no sabe bordar, que no tiene el vestido largo y que ya ni color le queda a la ropa que tiene.

Terminó su leche y se puso el guardapolvo. La campera con el cierre roto le abrigaría la espalda aunque sea, porque, como no había nubes, seguro que habría helado. Salieron, el hombre caminando adelante y ella siguiéndole las pisadas de sus botas

gastadas. La ayudó a subir y montó. Salieron antes de que el sol asomara y para cuando el sol estuviera entibiando ya habrían llegado a la escuela.

Juanita bajó sola y corrió adentro. Cuando entró en el aula lo vio, todavía parado en el patio, fumándose un cigarro. Ella sabía que la vendría a buscar, pero faltaba mucho todavía.

Eran como las cinco cuando llegaban de vuelta, pero el sol de octubre tarda en esconderse. Todavía hacía calor. Juanita la vio en la quinta, doblada en dos. Los perros ladraron y ella se irguió, poniendo su mano en la cadera. Salió y cerró el portoncito. Roja y húmeda la cara, la mujer le dio un beso y caminó despacio a la casa, Juanita corriendo adelante. «No va a desensillar», le preguntó al hombre. «Más luego», dijo él. De vuelta la ronda de mate y silencio, de vuelta la aridez y la parquedad, de vuelta lo mínimo, lo escaso. El hombre salió de la casa para los galpones. Juanita se sentó en el marco de la puerta con su cuaderno y su lápiz mocho.

Tenía que escribir una historia y pensó en una historia de un papá patriota y una madre que supiera bordar. Pensó en el esplendor de las fiestas y en los trajes y vestidos. Juanita miró a su papá que trabajaba en un alambrado, de abajo, como lo miraba siempre ella, porque él no se agachaba para verla; lo miró con los ojitos redondos y las pestañas largas y rectas. Pensó en las batallas y el coraje, pensó en los sables, los cañones, pensó en los Andes. Se miró los pies llenos de tierra y pensó.

Quizás el viernes

Siete veces al día pasaba el trapo húmedo a las mesas, barría y limpiaba el mostrador con una franela color naranja; siete veces al día y la capa de polvo solo se levantaba para dejar que ella pase el trapo y después volvía a posarse exactamente en el mismo lugar.

Repasaba dos o tres veces los vasos y las tazas, con un cuchillo de punta raspaba la mugrecita que se forma en la manija de la azucarera, calentaba el agua, sacaba un pan de la heladera que mantenía envuelto en un trapo húmedo, adentro de su bolsa, hasta estar segura de que alguien pediría tostadas.

El frasco de dulce ya estaba ahí y la lechera con la leche tibia también. La manteca esperaba su turno, no iba a sacarla antes porque se ablandaba demasiado y después se ponía rancia.

Pensó que un día podría hacer una torta, pero nunca se sabe si bajarán dos, tres o diez del colectivo, o quizás no baje ninguno, o solo traiga gente de vuelta a las casas. Tal vez algún día haría torta de manzanas.

Emma se cepillaba el pelo largo y fusco, mimado de tantas tardes aburridas, de tantos sábados fríos y vientos inmortales. Lo cepillaba cansadamente hasta que en un momento lo giraba hasta enroscarlo, haciendo un nudo en la nuca que nunca se desataba. Lo cepillaba de seis a siete, porque a las siete y media llegaba el colectivo.

Tenía un espejito redondo colgado de la pared y se daba una mirada rápida, convencida de que estaba bien así.

A las siete, sobre las mesas cerca de la ventana, desplegaba manteles a cuadritos verdes y blancos, les extendía encima un plástico transparente y ponía los ceniceros de Cinzano.

A las siete y cuarto prendía la lamparita de afuera, recorría las cortinas y ponía el casete de Julio Iglesias. Mientras lo escuchaba cantar se acomodaba el delantal, se miraba la pollera, los zapatos, guardaba el tejido en la canasta y se paraba detrás del mostrador.

El colectivo llegaba puntual, sin importar si llovía, como ese día, o nevaba como toda la semana anterior. De lejos el viento traía el rumor del motor, o quizás era su imaginación. Las que no engañaban eran las luces cuando doblaba la última curva y enfilaba para el bar.

El chofer ni se bajaba, era una parada para subir y bajar pasajeros, pero siempre le sonreía cuando se iba. Muchas veces hasta le pareció que le guiñaba un ojo. Pero en esta época oscurece temprano y quizás solo le había parecido. Sabía que se llamaba Ernesto, solo eso. Debía de ser alto y joven, tendría unos cuatro o cinco años más que ella. Cuando hiciera una torta, una de manzanas, quizás podría acercarle un pedazo envuelto en una servilleta. Una de esas en que había bordado dos *E* entrelazadas en perlé blanco sobre el lino blanco. Ella se llamaba Emma Esther, pero quizás él pensara que podría ser de Emma y Ernesto. Tal vez a la pasada del día siguiente bajaría a devolvérsela y podrían hablar, aunque cortito, pero él podría verle los ojos celestes como los de su abuela, y ella quizás podría ofrecerle algo o, si no, prometerle unos buñuelos para la semana siguiente.

36

Miraba todavía cómo el colectivo se iba, escondiéndose detrás de la lluvia espesa, pensando en que tal vez para el viernes haría la torta de manzanas, cuando la sobresaltó la puerta que se abría. Un hombre entró.

Saludó con un gesto, se sacó el abrigo, apoyó su valija a un costado y se sentó de espaldas a la ventana cerca de la salamandra. Cruzó las piernas y la miró.

Emma buscó la libreta y el lápiz y se acercó a la mesa. El hombre estaba empapado. Tal vez había estado un rato largo parado en la vereda, tal vez esperaba a alguien que no había venido a buscarlo. Una gota se desprendió del mechón de pelo que se deshilachaba sobre la frente. La sopló antes de pasar la mano.

—¿Señor?

El hombre olía a hombre, no a ese olor rancio de los borrachos, no a ese olor pegajoso del Carlos cuando se le acercaba demasiado. Un olor distinto, abundante, generoso.

Él la miró con esos ojos oscuros y ella se dio cuenta de que tenía la piel dorada, de que tal vez tuviera unos cuarenta y cinco o cincuenta años, el doble de los que tenía ella. Se dio cuenta de que hacía cinco minutos que lo miraba y se sintió desarreglada.

—¿Señor?

—Coffee, please.

No entendió lo que dijo, no supo qué contestar, pero en realidad, pensó, qué podría querer si no un café. Caminó al mostrador, sabiendo que él la observaba. «Por qué no me puse la pollera roja que es más nueva», pensaba, y sentía que él la miraba, la miraba toda.

Puso café negro en una taza, leche en una jarrita y la llevó a la mesa. Los ojos grandes y negros le sonrieron, él dijo algo que ella no entendió, pero se quedó parada al lado, esperando algo. El hombre hizo un gesto con la mano como enrulando el vapor del café con su dedo. Entendió: azúcar.

El hombre puso los pies sobre una silla y se inclinó un poco hacia atrás. Cerraba los ojos cuando tomaba el café. Emma, parada detrás del mostrador, lo miraba largamente tratando de descubrirlo.

Pasó un buen rato, él parecía dormitar cuando el casete de Julio Iglesias se terminó. El golpe seco del grabador al apagarse los sobresaltó a ambos. El hombre se levantó solo un poco y, mirando

a Emma sin decir nada, abrió la salamandra y puso dos o tres troncos adentro.

Ella buscó en su caja de casetes alguno romántico. Encontró uno de Los Plateros. Él le sonrió ampliamente y levantó su taza de café. Ya debían ser como las nueve y tendría que pensar en hacer algo de comer. Le llevó café caliente.

—¿Va a cenar, señor?

El hombre solo la miraba y sonreía. Tendría que decidir ella. Fue a la cocina y al poco rato aromas mezclados empezaron a llenar el lugar. Una carne a la plancha, algo de ajo, cebollas fritas, perejil, un tomate cortado en rodajas, orégano y aceite. Llevó la bandeja a la mesa.

Él recibió complacido lo que ella iba poniendo en la mesa. Comió hasta la última miga. Pasó el pan por el plato. Dijo algo, no supo qué, pero era de contento, eso seguro.

Un casete tras otro, un silencio solo cortado por sonrisas, miradas y cada vez más suspiros. Entró el Carlos. Receloso miró al hombre que, con las manos cruzadas sobre la nuca, se hamacaba en la silla al lado de la salamandra. Tomó tres o cuatro ginebras, estirando el tiempo para poder quedarse solo con la Emma, pero el gringo parecía no tener apuro.

El Carlos empezó a cabecear y se quedó dormido acodado en la mesa de la esquina. Emma fue a la cocina y desapareció por un buen rato. Hizo más café, le acercó al hombre la cafetera y la botella de ginebra. Él solo le acercó la taza de café mientras la miraba a los ojos. Ella desviaba la mirada un poco turbada, pero el olor del hombre la hacía quedarse cerca.

Un perfume a torta empezó a llenar los rincones y ella corrió hacia adentro. Al ratito la traía sobre un plato. Una camioneta oscura se acercó por el camino embarrado. El cuchillo se hundió en la masa esponjosa, tropezando de a ratos con los pedazos de fruta. La

camioneta paró frente al bar sin apagar el motor. Sonó una bocina. El hombre se puso el abrigo y levantó la valija, metió la mano en el bolsillo y dejó unos billetes sobre la mesa. Emma estiró la mano y le alcanzó una servilleta de lino blanca con un pedazo de torta todavía caliente adentro.

Él soltó la valija, tomó con cuidado la torta y como al descuido rozó la mano de Emma, que temblaba. Le sonrió, dijo algo y abrió la puerta.

—Es torta de manzanas.

—Torta de manzanas —repitió él con alguna dificultad y le guiñó un ojo. Esta vez no le había parecido.

El Carlos roncó un poco y ella quedó parada mirando por la ventana. Hacía rato que tenía pensado hacer una torta, una de manzanas.

La pasta de mamá

Ya era la hora de comer. Tenía esa sensación de vacío en el estómago que se mezclaba con el malhumor. Abrió la heladera. Nada. Puso la mano arriba de la salamandra mientras miraba por la ventana. La lluvia no había parado por días. Había poca gente en la calle, quizás nevaría esa noche. Con los ojos entrecerrados salió, apretándose el saco en el pecho. El patio estaba lleno de barro. Juntó cuatro o cinco palos, la leña estaba toda mojada. Además estaba verde. La puso debajo de la salamandra para que se seque.

Todavía era temprano, pero la tarde estaba tan opaca que parecía que ya llegaba la noche. El calor de la estufa la reconfortó un poco. Miró a los chicos, que veían tele tranquilos. Se puso una campera raída. «Ya vengo, no le abran a nadie», dijo, y salió a la calle. Cuando ya llegaba a la esquina vio a una mujer con dos pibes empapados que abría las bolsas de basura. La mujer ni la miró. Los chicos sí. Cruzó la calle antes de acercarse mucho, metió las manos en los bolsillos y apretó fuerte los billetes. Cuarenta pesos. No quedaba lejos el supermercado, pero llovía mucho. Primero caminaba apurada con los hombros pegados al cuello, pero cuando el agua empezó a colarse por todos lados se resignó, aflojó los hombros y empezó a caminar más despacio. Tenía frío.

Entró en el supermercado y buscó un carro. Una de las ruedas de adelante funcionaba mal. Empujaba en la dirección que ella quería pero el carro se resistía. Luchó por un par de pasillos hasta que lo abandonó. Total, no era mucho lo que iba a llevar. Se paró delante de la góndola de los fideos. Fideos cinta ancha al huevo Don Vicente, veintiocho con noventa y nueve. Se acordó de

aquellas veces que iban a cenar con Marcelo y ella pedía fideos cinta ancha al huevo con crema de puerros. Por un momento saboreó la suavidad de la crema en su boca, la delicadeza del vino. A ella le gustaba el vino dulce. Recordó que se reían cuando ella le decía que quería que el paladar le llegara hasta el estómago para no dejar de sentir el sabor de ese vino. Se querían. Se quisieron. Se acordaba del lugar, de la luz tibia, los olores mezclados de las velas y las comidas, el murmullo fuerte de tanta gente. Qué bien estaban. «Con qué harán esta crema», preguntaba él y ella paladeaba los fideos cinta ancha al huevo. Reconocía crema de leche, un buen queso, «maicena, debe tener maicena porque la harina es más áspera y acá ni se siente. Los puerros deben estar fritos en manteca». Era experta en sabores.

Veintiocho con noventa y nueve, le quedarían solo once pesos. No. Es mucho. Oferta del día fideos tallarines Kiwi semolados por trescientos cincuenta gramos, doce con treinta y cinco. Kiwi, qué nombre ridículo para un fideo. Además, cada vez hacen más chicos los paquetes. Se acordó de que hacía un montón que no compraba fruta. Manzanas crocantes. Esa era la sensación que más le gustaba de morder una manzana. Ese ruido de la fuerza de los dientes rompiendo la pulpa y el juguito bajando a la boca, la saliva que le salía a borbotones. ¡Cuando comían ensalada de frutas! Nada que no fuera fruta fresca. El jugo de las naranjas como base y, junto con ella y Marcelo, los chicos cortando las manzanas y peras en cubitos, las bananas en rodajas. A veces compraban cerezas a una vecina que tenía un par de frutales viejos en el patio y los chicos traían frutillas silvestres del bosquecito de al lado del barrio. Era lindo el barrio. Siempre llegaban a la ensalada la mitad de las frutillas y las cerezas, y aparecían en los bolsillos los carozos escondidos. Se reían mucho. Era lindo el recuerdo. Se reían.

Fideos tallarines Kiwi semolados por trescientos cincuenta gramos, doce con treinta y cinco. Trescientos cincuenta gramos. Si quería que le quede algo para mañana tendría que llevar dos. Doce con treinta y cinco, veinticuatro con setenta. Quedarían quince con treinta. Se imaginó la pasta dentro del agua hirviendo, transformándose en un mazacote asqueroso. Se imaginó los ojos de los chicos. Ella siempre había cocinado bien. Por eso engordaron los dos cuando se fueron a vivir juntos. Después del amor, el placer más exquisito era cocinar juntos, inventar sabores. La intensidad del queso picante con la resistencia carnosa del tomatito cherri, una pizca de pimienta, unas hojas de albahaca cortadas con los dedos, un toque de aceite y sal. Una carne dorada y jugosa, unas papas a la crema. Un buen vino. No necesitaban más.

Tallarines Luccetti, la pasta de mamá, veintidós con cuarenta. Pensó en los chicos. Pensó en todo lo que la querían aunque les diera fideos Kiwi, aunque lloviera e hiciera frío. Se acordó de cuando nació Pedro. Lloraban los tres. Marcelo repetía su nombre y sonreía con la cara toda mojada por las lágrimas, le besaba la frente y acariciaba sus manos. Cuando el médico le puso al bebé sobre el pecho olió ese pelo negro cubierto por una grasita blanca y el olor del hijo se le pegó en el alma. Todavía hoy, nueve años después, podía cerrar los ojos y el olorcito le llegaba desde el rincón donde estaba escondido hasta la punta de la nariz. Después llegaron los otros, seguiditos. Cuando nacieron las mellizas ya estaban mal de plata y por eso estaban mal entre ellos, pensó. Siempre le echó la culpa a la plata.

Cuando Marcelo perdió el trabajo, las mellizas todavía usaban pañales. Reconocía que había buscado, de cualquier cosa. Pero nada. Con los chicos todavía chiquitos ella no podía trabajar. Tuvieron que dejar la casa porque el alquiler era mucho. Antes podían pagar bien y vivir bien.

Regalaron el perro. Marcelo hizo una casilla atrás, en el patio de la casa de su madre. Era chica para todos. Ella le hizo unas cortinas lindas para la ventana, con una tela de flores. Cuando ampliaran e hicieran la pieza iba a ser más fácil vivir ahí. La mesita, la heladera y una cama para todos. No entraba más nada. Pusieron un banco largo contra la pared del sur y la tele sobre la heladera, justo enfrente. Así los chicos se quedaban tranquilos por un rato. En verano era lindo el barrio, había muchos chicos, jugaban a la pelota, corrían. Pero ahora que llovía tanto, que había tanto barro, que hacía tanto frío, pensaba si hicieron bien en irse a vivir ahí. Capaz debieron irse a su pueblo, pero era muy lejos.

Marcelo no pudo terminar la casilla antes de irse. Quedaron cosas por hacer, por ejemplo sellar bien las ventanas. Ahora estaba sola con los chicos. El frío se colaba por las rendijas, había humedad, la salamandra humeaba con la leña verde y mojada, pero los salvaba. La cortinita se había llenado de hollín.

Apretaba en la mano el bollito hecho con los billetes y tenía ganas de llorar. Mordía fuerte el odio. Odiaba a Marcelo que se olvidó de las cosas que dijo, que se olvidó de ellos. Odiaba no conseguir trabajo. Odiaba la lluvia, el frío, la casilla, el hollín en la cortina. Pensó en la mujer que revolvía la basura. Quizás fuera más feliz. Porque estas cosas que tenía en la cabeza, esos olores en su nariz, esas sensaciones pegadas en su paladar, la tibieza de esos recuerdos de cuando estaban bien, le hacían conocer la diferencia. Pensó en esos pibes mojados que esperaban la comida que la madre les buscaba en la basura. Pensó en sus hijos, en la bola de fideos Kiwi pegoteados en la olla y también en cuál era la diferencia. Solas las dos, con los chicos esperando en silencio. Y el frío, ese frío de mierda que dura tanto, y la lluvia.

Alguien la tocó con un carro y se sobresaltó. Se dio cuenta de que estaba llorando. Miró el carro lleno de cosas de la mujer que la había rozado. La mujer se disculpó. No le salía decirle nada. Dudó un momento, «no sé cuáles fideos elegir», le dijo. La mujer sacó de la góndola un paquete cualquiera, «estos son buenos», le aseguró. Ella no contestó. Cargó en sus brazos todos los paquetes que pudo. Caminó hacia la entrada. Pasó sin mirar a nadie. Una chicharra empezó a sonar. Un guardia de seguridad le gritó y ella empezó a correr. Corrió bajo la lluvia apretando los paquetes de fideos contra el pecho. Cuando llegó a la esquina la mujer todavía estaba ahí, entre la basura. Le dio todos los paquetes menos uno. Corrió hasta la entrada de la casa. Golpeó la puerta. Fue Pedro quien le abrió.

Un crisantemo rojo

«Estoy solo», pensó. No fue una certeza, tampoco un convencimiento. Fue una decisión. Ya se estaba yendo el sol y los pastos secos y altos del jardín tomaban ese color dorado que le gustaba tanto. Por eso los dejaba crecer, no porque fuera un viejo haragán y desprolijo, como le decía Lucrecia. A ella le gustaba el jardín con el pasto verde y cortito, con las flores bordeando el cerco de madera que él tenía que pintar de blanco por los dos lados, aun por el que nadie veía.

Cuando Lucrecia se enfermó, él siguió cortando el pasto, siguió regándolo y cuidó las flores, y a la tarde, cuando caía el sol, la llevaba en brazos junto a la ventana y la sostenía, abrazándola, hasta que ya no había luz. Entonces la llevaba a su cama, la abrigaba y se sentaba a su lado, mirando sus ojos cerrados y su respiración cansada. Ella tenía el pelo como el pasto alto cuando se pone el sol. No sabía si dorado, si cobre.

Pasaron dos inviernos así. Antes de empezar la última primavera, Lucrecia le pidió que comprara unos bulbos de crisantemos, que los eligiera de todos colores. Cuando por la tierra helada brotaron las primeras hojas, Lucrecia murió. Él la levantó en brazos y la acercó a ver los brotes tiernos. Le contó al oído que, a pesar del hielo y el frío, insistían en romper la tierra y asomar. Estuvo con ella ahí, no sabe cuánto, no lo sabe, pero sintió cómo de a poco Lucrecia se enfriaba y temió hacerle daño.

Esa primavera los pastos crecieron altos y taparon los crisantemos, y se convirtieron en un mar de espigas mientras él se balanceaba en la mecedora esperando uno y otro atardecer. Así, el pasto se hizo el único objeto que contemplaba todas las tardes: un continuo

amarillo, luego de oro, luego de cobre y luego de plata, mientras el sol se hundía, desaparecía, y llegaban la noche y el silencio a su casa y a su jardín.

Muchos atardeceres esperó, esperó algo, pero salvo el color del pasto, nada parecía cambiar ni querer cambiar. El tiempo tomó el ritmo de las estaciones y muchas veces creyó que alguien llegaría. Ya no se acostaba en su cama sino que dormía en la mecedora y abría los ojos de a ratos, sin saber bien qué hora era, ni qué día.

Una vez soñó que una mujer con un vestido rojo, el cabello largo y los labios pintados se acercaba a su silla y le acariciaba el rostro. Arrodillada a su lado, reposaba la cabeza en sus piernas mientras cantaba una canción de cuna. Lo invadió un perfume dulce e intenso. Cuando abrió los ojos la luna estaba frente a su ventana y un crisantemo rojo y brillante asomaba sobre los pastos. Se levantó con dificultad, tanto hacía que no se movía. Abrió la puerta y, en medio de una noche tan clara como el día, caminó por el mar de pasto hasta la flor que despedía ese perfume. Se arrodilló y aspiró el aroma con los ojos cerrados. Hundió las manos en la tierra y levantó la flor, con su bulbo húmedo y frío, y lo acunó en sus brazos, arrodillado aún entre la hierba. Cuando volvió a abrir los ojos, tenía entre sus manos un tallo mustio y blando pegado a un bulbo ceboloso lleno de tierra seca, y millones de pétalos como gotas de sangre se esparcían por el piso. Lloró de rodillas y volvió a dejar el bulbo sobre la tierra mojada por el rocío.

Entró a la casa y cerró todos los postigos. Giró su silla y se sentó. En ese momento sintió frío, vértigo, y se supo profundamente solo. Estoy solo, decidió. Esperó seis días a que la muerte viniera a buscarlo, pero no vino. Se le secó la piel y la garganta. Los párpados se quedaron pegados cuando salió la última lágrima. A tientas caminó, arrastrando los pies en pequeños pasos, llegó a la puerta y la

abrió. Se imaginó el mar dorado de hierbas secas por el calor del verano, incluso escuchó el rumor de sus olas, el viento en sus crestas, y una tibieza de aromas hogareños le invadió los pulmones. Aspiró profundamente y se zambulló.

El silencioso mundo de José Albino Quesada

José Albino Quesada nació al alba, una mañana de invierno, en una cama de sábanas gastadas. Lo recibieron unas manos tibias y ásperas que olían a cigarro. Eso lo supo después, mucho después. Lo que en ese momento supo fue lo que es el frío y lo que es la luz. No fue muy largo su nacimiento, y quizás tampoco muy doloroso para su madre, porque llegó después de diez hermanos. Sintió dos cosas y esas dos cosas hicieron que llenara sus pulmones y empezara a gritar. Sintió frío, tenía la piel mojada. Y sintió la luz (luego supo que eso era luz) que le lastimó los ojos, por eso los cerró con fuerza. Y con la misma fuerza se prendió a la teta de su madre que ya chorreaba para él. Fue un bebé grande y fuerte, con la mirada perdida.

Con el tiempo fijó los ojos bizcos en las cosas, como si las estudiara. Primero en el rostro de su madre, después en los labios de su abuela, en los diez pares de ojos negros y de pestañas rectas que se asomaban a la cuna donde estaba acostado y, más tarde aún, en un rostro serio y maltratado de quien, luego supo, era su padre.

Supo también, de a poco, cómo reconocer a cada uno por su olor.

José Albino vivió en una cuna de madera hasta que pudo salir de ella por sus medios. Mientras tanto miró. Miró el mundo. Acostado primero y luego sentado, lo cual da perspectivas muy diferentes. Hizo un inventario de todos los clavos que asomaban en el techo de la cocina, de las cosas que colgaban: ramas de tomillo, orégano y menta, unos hilos, pelusas y otras cosas más dinámicas como telas de araña y arañas, moscas y algunos bichos que vivían entre las

tablas. Hubo quien de vez en cuando sacaba la cuna al patio. A veces bajo el alero, a veces a cielo abierto. Eso le dio a José Albino un conocimiento preciso de los diferentes techos. Unos de maderas tizadas por el humo, otros de paja o con ramas. Y también de cielos con nubes blancas. Como él había llegado en el invierno, vio también cielos de ramas desnudas, luego con hojas verdes y movedizas que cambiaban de color. Unos meses más tarde se fijó en los hilos de vapor que salían de la pava, en la pila de leña y en algunos humos que diluían la imagen de lo que pasaba afuera. Esa boca de luz al otro lado de la habitación le producía una inquietud cada vez más grande. Cuando hubo estudiado todo lo que podía adentro, supo que era momento de moverse de su cuna y ampliar el territorio. Se irguió y se dejó caer hacia adelante. Algunos de los que estaban en la casa sintieron un golpe, pero como no lo siguió ningún llanto le echaron una mirada reprobadora al gato que caminaba entre los palos al lado de la estufa. José Albino miró al gato que desaparecía por la puerta y lo siguió. Se desplazó hasta la entrada y se sentó a un costado, descubriendo esa nueva porción del mundo. Vio los árboles y una capa fría que cubría los charcos y hacía más brillante todo lo que podía ver. No le gustaban las cosas frías, le gustaban los árboles. El más interesante, el sauce que estaba a la entrada de la casa, tenía pájaros pequeños que paraban solo unos momentos a la caída del sol. Los pájaros eran curiosos, inconstantes, se revolían entre las ramas, bajaban al suelo a juntar bichos o migas, tal vez solo a ver, a dar un paseo, pero de pronto, sin ningún motivo aparente, salían como flechas para todos lados a esconderse en las ramas nuevamente.

52

José Albino tenía una libertad absoluta, apenas limitada por la torpeza de sus movimientos, pero en la medida en que los disciplinó, el mundo se extendió infinitamente.

No era preocupación de nadie. Supo que si no hacía ningún ruido nadie se interpondría en sus acciones y sus deseos. Aprendió a acercarse a donde pudiera conseguir algo para comer si sentía hambre, y lo conseguía solo con una mirada sostenida. No hablaba. A decir verdad nunca lo hizo. Solo lloró una vez, cuando nació. Y esa fue la única vez que un sonido salió de su boca. En el tumulto de manos, cabezas, piernas y barrigas hambrientas que era su casa, era mejor así.

Cuando empezó a caminar pudo acercarse a los árboles y luego a la orilla del río. Conoció los peces, las lombrices, las ovejas, los grillos y las mariposas. Y también otros pájaros, los que se zambullen en el río y después se posan en las ramas. Y muchas veces se quedó dormido en el pasto, mirando las estrellas. Alguien siempre lo llevaba a su cama, pero él hubiera preferido quedarse a cielo abierto.

No tuvo miedo, nadie le enseñó lo que era el miedo. Cada día la aventura era llegar hasta un lugar un poco más lejos y, por silenciosa y lenta, inadvertida. A veces sus hermanos le pasaban la pelota pero él solo la miraba rodar, pensaba en los giros, en las muchas formas que hay de girar. En su mente giraba la pelota sobre un eje que se bamboleaba y giraban el sol, la luna y las estrellas. A veces se mareaba y se caía sentado pensando en esas cosas. Los hermanos no insistían. Era inútil tratar de jugar con él. Tampoco tenía mucho sentido pelear o tirarle el pelo porque no se quejaba ni lloraba. Solo se quedaba ahí, mirándolos, apenas resistiendo el tirono de pelo que lo hacía perder el equilibrio.

En la medida en que creció y pudo moverse solo, procurarse algo para comer y resolver las cuestiones fisiológicas básicas sin necesidad de ayuda, los demás dejaron de mirar para ver dónde estaba. Podía irse por horas y volver cuando quisiera. Sabía perfectamente que no podía perderse porque tenía en su mente la memoria

de todos los senderos posibles y sus intersecciones, de cada piedra, cada curso de agua, grande o pequeño, cada laguna, cada orilla. Eso de las cosas estáticas. Pero también de cada hierba, arbusto, flor, hoja, pluma, pájaro, ratón y culebrita.

No se le advirtió, no entendió, que la nada acecha. Se asomó al aljibe, vio el espejo de agua en el fondo y se dejó caer. No se le ocurrió otra forma de bajar. Cuando iba hundiéndose en el agua helada se dio cuenta de que a plena luz del día podía ver las estrellas.

Silencio frío

El trayecto es interminable. Ninguno de los dos dice nada mientras el colectivo sigue su rutina. Para, sube uno, bajan dos, arranca, cobra y da vuelto. La gente no se mira, la gente no se habla, las miradas se cruzan impasibles. Timbre, para, baja uno, suben tres.

Sentados en unos de los últimos asientos, él le aprieta la mano. Mira hacia afuera y se distrae con cualquier cosa. Ella tiene la cabeza baja y los ojos hinchados. El viento sopla violento y hace frío. Pronto empezará a nevar.

Él hace un movimiento y ella se levanta. Caminan hacia la puerta trasera, él toca el timbre y el colectivo se detiene en algún lugar.

Sin soltarse de la mano, se bajan y caminan hacia alguna parte. Ella tiene frío y se le escapan las lágrimas. Él le pasa la mano por el hombro en un gesto de abrigo y afirma el paso. Saca un papel arrugado del bolsillo y lo mira. Estudia la calle y corrige el rumbo. En una casa de portón verde, entran al patio. El caminito que lleva hasta la puerta debió tener lindas flores hace poco. Ahora están casi muertas; y aunque es casi, no hay para ellas ninguna esperanza.

Él golpea. No se miran. Ella tiene las manos frías. Una mujer abre la puerta y entran a una sala oscura. La mujer pregunta algo que ella no entiende. Él contesta, mete la mano en el bolsillo y saca un rollito de billetes. Entonces tiene que soltarle la mano para poder contar.

En ese momento ella se siente muy sola. Tiene mucho frío y también tiene miedo. La mujer recibe el dinero, vuelve a contar lo que guarda en el pantalón. Le dice a él que tiene que esperar ahí, que se siente, que le va a avisar cuando termine. La mujer le pide a ella

la campera, la cuelga en un perchero y le abre otra puerta que ella no había visto. Entra.

Ella se saca el pantalón y la bombacha. Se acuesta en una cama con un acolchado de flores, tan viejas y gastadas como las que vio en el caminito de la entrada. Antes de que se cierre la puerta lo busca a él con la mirada, pero él está mirando para afuera. Quiere levantarse y la mujer vuelve a acostarla con firmeza.

Cierra los ojos. Hace mucho frío. La mujer trajina con algunas cosas mientras le habla. Ella trata de no escucharla. Él también trata de no escuchar nada. Los minutos son densos y pesados. Afuera está nevando.

La mujer abre la puerta. Ella camina despacio, apoyada en ese brazo robusto. Él le pone la campera, la ayuda con el cierre y salen de la casa. La nieve cae ingrávida. Ella llora y él le alcanza un pañuelo. Le da la mano y caminan juntos, sin hablarse.

Monstruos de agua

Hacía mucho tiempo que estaba enferma. La trajeron del hospital una tarde de lluvia. No sabía que estaba tan grave. Solo esa tos le hacía acordar de la enfermedad cuando veía que se agitaba. Entonces, cuando ya no podía respirar, todos corrían a ayudarla. Él se quedaba estremeado mirándola de reojo hasta que recuperaba el ritmo de la respiración y el alboroto comenzaba a atenuarse. Quería volverse aire para no lastimar a nadie, para pasar sin que lo vean, para no tener más ganas de jugar.

No era la primera vez que la internaban. Siempre que volvía a casa pasaba un tiempo en cama y empezaba a mejorar. Las otras veces, cuando llegaba, todo tenía perfume a menta y limón, y a otras cosas que él no sabía qué eran, pero tenían el olor de la salud. La abuela colgaba en la habitación yuyos frescos que iba a buscar al bosque a la mañana, cuando caía el rocío. La abuela conocía los yuyos. Le había enseñado a encontrarlos, a cortarlos amorosamente, porque decía que había que ser respetuoso de todas las cosas. Cuando volvían del bosque había vapores en la casa, luz y voces, trajín y carreras. Todo eso había. Y ella se mejoraba con la menta, con el tecito de natre que le preparaba la abuela, y él se sentía parte de esa alegría que los llenaba a todos.

Esta vez fue distinto. No había trajines. La llevaron directo a la cama. Era una primavera de un frío más frío que de costumbre y de una lluvia que traspasaba los abrigos, los gorros y los guantes. Esta vez, cuando la trajeron, soplaba un viento de ráfagas heladas. Un nido cayó de una rama y los pichones se desparramaron en la vereda. Aletearon un momento y se quedaron quietos, tirados sobre las

baldosas. Cuando los encontró, los sostuvo en la palma de la mano mientras los miraba morir.

En la casa el silencio se hizo costumbre muy rápidamente. Se acercaba a los vidrios empañados y dibujaba cosas que, de tanto chorrear, terminaban pareciendo monstruos de agua. Le gustaba dibujar una carita con una sonrisa porque extrañaba las sonrisas, pero también porque al poco rato empezaba a caerle una gota por la comisura de los labios, otra gota de los ojos, otra de la frente y en unos minutos parecía tener arañazos que la cruzaban. Entonces la borraba rápido.

Se sentaba en el borde de la cama, mirando por la ventana sin moverse, sin hacer ruido. A veces caía nieve y se apagaban los sonidos de la calle, y era lo mismo que estar en el bosque, sentado a la orilla del arroyo. Entonces empezaba a crecerle una sensación de ahogo, como le pasaba a ella. Le apretaba la mano cada vez con más fuerza, como si de esa manera pudiera estrechar el lazo entre la vida y la muerte. Pensó que en tanto más fuerte la sujetara, más difícil sería para ella soltarse, por eso hacía el esfuerzo. Le había hablado varias veces, algunas en voz baja y al oído. Sentía un poco de vergüenza por eso, así que esperaba que los demás se alejaran y le decía cosas. A ella parecía no importarle que fuera en secreto o que le hablara como cuando cenaban juntos o cuando salían a caminar por ahí, así que un día, no se acordaba cuándo, empezó a contarle cosas en voz alta, como cuando ella le contaba un cuento.

58

Cuando llegaba de la escuela se sentaba en la silla al lado de la cama, se calentaba las manos bajo las axilas y recién entonces la tocaba. La acariciaba sintiendo la tibieza de su piel, la suavidad del pelo que le cepillaban todas las tardes. De eso se ocupaba la abuela. Era buena en eso, sabía cepillar sin tirar el pelo. Él le tomaba la mano y empezaba a contarle historias. Unas veces eran ciertas,

otras eran inventadas. Creía que a ella poco le importaba que fueran historias inventadas, y muchas cosas ciertas ya no tenía para contar. Tanto tiempo hacía que no salía de esa cama, que no abría los ojos, que no decía ni una palabra, que si le hubiera contado que el sol era verde, para ella hubiera sido lo mismo. Entonces en sus historias apareció un sol que salía de noche y era blanco, y aparecieron caballeros de armaduras brillantes en las que se reflejaban los pastos del campo. Un día en esas armaduras se reflejaron batallas, hombres caídos, mutilados y agonizantes; entonces pensó que quizás eso la asustaba, así que dejó de contarle historias y se limitó a apretar su mano.

Los demás lo ignoraban como si fuera parte del escenario y, excepto por alguna caricia rápida en el pelo, no sentía que ellos supieran que estaba ahí. Llegaba más o menos a las cuatro y se quedaba hasta que el sol se ponía. Luego se iba a comer algo y a su cama, entre las sábanas revueltas que ya nadie oreaba, entre sus medias hechas bollitos por todo el cuarto. No podía dormir, ni ahí ni en otra parte, porque tenía miedo de cerrar los ojos y que cuando los abriera ella no estuviera más, que se la hubieran llevado para siempre. Por eso, cuando entendió que solo era cuestión de tiempo, se instaló tomado de su mano, apretándola fuerte para que, si ella no quería irse, no se fuera. Intentaba no cerrar los ojos, pero el sueño traicionero lo venció varias veces y soñó con los campos de batalla en los que el sol apenas era gris.

Le había crecido el pelo, le quedaron cortos los pantalones, las zapatillas le apretaban un poco, pero no dijo nada. A veces le hablaba a la abuela, pero ella se limitaba a sonreírle, con una sonrisa gris como el sol de sus sueños. Había mucha gente en la casa, pero las palabras habían desaparecido. Primero fueron pocas, después murmullos, hasta que se fueron y no volvieron. También aprendieron a pisar sin

hacer ruido y, de a poco, todos se fueron haciendo transparentes. Nadie sabía ya quiénes estaban y quiénes faltaban. La única que estaba siempre ahí, siempre, era ella, con sus ojos cerrados.

Por tres cosas se dio cuenta de que se había muerto, aunque no sabía muy bien lo que eso podía significar. Sintió que su mano se aflojaba, que se volvía blanda y maleable, como si hubiera perdido los huesos. Le corrió un aire frío por la espalda y tuvo miedo. No sintió ganas de llorar. Después de todo, estaba tan dormida como una milésima de segundo antes, y como miles de años antes, pero había algo diferente en la tensión de los músculos de la cara, en la posición relajada de la cabeza sobre la almohada y una mueca desagradable en su boca, que hasta ese momento había permanecido cerrada. Eso le dio miedo. Ese gesto inmundado lo espantó.

Se levantó y salió corriendo. Corrió por el jardín hasta que llegó a la calle y siguió corriendo hasta el camino del bosque. Corría con los brazos extendidos hacia adelante, cerrando los ojos porque la mueca de ella lo seguía, parecía que se reía, que se burlaba de él. Conocía el lugar, cada rama, cada planta, el arroyo. Habían estado ahí tantas veces. Tropezó y cayó. «Entre los cadáveres del campo de batalla, entre los cuerpos mutilados después de la guerra, entre la muerte, la desesperación, el fin de todo», pensó. No quiso abrir los ojos, porque si los abría tendría que ver lo que pasaba, tendría que decidir dónde poner el pie, hacia dónde dirigir su próximo paso. Cuando no pudo correr más, así, a tuestas y en la espesura de una oscuridad impuesta, llena de ruidos y de olores, de presentimientos, caminó. Por senderos sinuosos y de sombras, caminó por horas. Cuando oyó el sonido del agua danzando feliz, abrió los ojos y se quedó sentado en la orilla del arroyo. Vio un hada de agua, o quizás sus lágrimas le hicieron pensar que era un hada de agua. «A veces

me da miedo el mundo», le dijo. No la gente ni las casas, las calles ni los autos. «Me da miedo el mundo».

Hay un instante entre la luz y la sombra. Una brecha angosta y fría. La presentía y le tenía miedo, tenía miedo de caer en ese abismo eternamente y no soportar el vértigo de la caída, no soportar la soledad de la caída y que sus lágrimas siempre estuvieran posadas en sus mejillas, siempre al borde de sus párpados.

El hada se parecía a ella, no en la cara ni en el pelo sino en su ternura, en la forma en que lo miraba. Le tendió una mano y la sintió tibia. Caminaron juntos así, de la mano, como cuando paseaban por ese mismo bosque. El hada lo acompañó hasta la puerta de la casa. La abuela abrió la puerta. Lo vio, como hacía mucho no lo veía. Solo, chiquito y mojado. Lo vio y lo abrazó.

Una noche estrellada

Cuando despertó sintió un dolor violento en la cabeza. Un dolor como nunca había tenido, áspero, punzante. Entrecerró los ojos intentando acordarse de algo. Puso su mano debajo de la cabeza, justo donde se anclaba el dolor, y la sintió mojada. La levantó hasta tenerla entre el sol y su cara. Miró y se sorprendió de no ver sangre. Solo una humedad barrosa que había entresacado del pelo. Intentó moverse pero no pudo. Giró un poco la cabeza y reconoció el mallín. Allá, como a doscientos metros, su caballo estaba quieto, como cargando varias horas de espera con esa resignación mansa que tienen los caballos. Allí, detenido, apenas moviendo las orejas y con la cola marcando cadenciosa el paso del tiempo. Sentía frío. Pero no el frío que acostumbraba a sentir cuando llegaba de noche al rancho y la salamandra estaba apagada, ni el frío de las cobijas deshabitadas cuando lo vencía el sueño. Otro frío.

Calculó que la humedad del suelo habría empezado a colarse por la ropa e intentó ponerse de costado. Apoyó la mano en el terreno blando y líquido y un facón de hielo se hundió en su espalda. «Me partí la espalda», dijo en voz baja y se le anudó la garganta. Una pareja de garzas cruzó el cielo al oeste. Anochece y va a ser una noche estrellada.

El caballo avanzó unos pasos buscando algo de pasto. Si pudiera tocar las riendas...

Se despertó y sintió un frío rígido en la espalda. Pero nada más. Sin dolor. Calculó que había soñado. Ni siquiera podía mover la cabeza. El cielo estaba impregnado de estrellas. Era noche profunda. Ya no veía al caballo ni lo escuchaba. Calculó que llegaría tarde

para ordeñar y que eso le traería problemas. Se acordó de aquella vez que se fueron al río y él no ordeñó las vacas, el revuelo que se armó a la vuelta. Pero qué bien que la habían pasado. Hasta le pareció volver a sentir esa caricia del agua tibia, ese abandonarse a la corriente, que lo llevaba suavemente río abajo. No era caudaloso en verano. Cuando se hundía en el pozón ya no escuchaba el alboroto de los chicos. De a poco se iba hacia el fondo y los veía asomarse en la piedra, buscándolo. Él se dejaba ir, se dejaba abrazar. Siempre le había gustado el agua. Cuando sentía que ya no podía más solo movía un poco los pies y salía a flote como una madera. Risas, las risas de los chicos.

Pensó que la noche era como el agua, que viene suave y lenta, que se mete en todas las rendijas, en los huecos, en el aire. Parece que invade como una neblina y, sin darse uno cuenta, de golpe no más, ya es noche, ya está todo cubierto. Se dejó llevar por esa noche que no era tibia, sintió que lo abrazaba y que se hundía en ella. Vio cómo entre las estrellas los chicos lo buscaban y les sonrió. Quiso mover los pies para salir a flote, pero estaba muy cansado. Y la corriente se lo llevó, despacito, hacia abajo, hacia el fondo.

El último viernes

Los viernes, a veces, sentía nostalgia. Después de que se iba Clarita se quedaba un rato sentada en el escritorio, mirando por la ventana. Esta vez tenía todavía la bandera en la mano. La habían arriado juntas. Nunca perdieron estos símbolos, a pesar de que solo eran ellas dos. La esperaba a la mañana, con el guardapolvo blanco sin una sola arruga, debajo del alero, así lloviera, nevara o soplara ese viento irreverente de la estepa.

Ocho menos cinco se paraba ahí, con los dedos cruzados sosteniendo el paño de la bandera. Ocho menos cinco la veía venir, a veces corriendo, a veces pateando piedritas, con su guardapolvo blanco blanquísimo y la trenza que le caía a un lado. En una mochila vieja, que habría heredado de alguien o le habría dado el cura, traía sus pocos útiles y algún libro para devolver en la biblioteca de la escolita. Se les iluminaba la cara a ambas cuando se veían. Se abrazaban, Clarita dejaba la mochila en una silla que siempre estaba bajo el alero y se iban juntas a izar la bandera. No importaba si llovía. Era importante que fuera hecho. Para las dos era importante. Luego iban al salón de clases donde ya estaba prendida la estufa si hacía falta, el agua estaba hirviendo y las tazas limpietas para que ambas tomaran el mate cocido.

Clarita no faltaba nunca, casi nunca. Los días que no podía asistir, venía su papá a avisar. Caminaba varios kilómetros para llegar hasta la escuela. No iban a dejarla esperando. Igual ella cumplía su turno, leía, preparaba cosas, pensaba ideas. No era que hiciera falta ser muy creativa, porque a Clarita le gustaba aprender de todo y le gustaba escribir. Escribía con letras redondas, con colitas. Casi pegaba la nariz

al cuaderno cuando estaba concentrada. También le gustaba dibujar caballos, perros y muchas banderas y escarapelas.

La semana del 25 de Mayo las dos tenían escarapela y recién dejaban de usarla después del 9 de Julio. Como en cualquier escuela.

Ese viernes sintió más nostalgia que otros viernes y no porque llegara el fin de semana. Sus fines de semana eran solitarios, pero ella disfrutaba de ese estado, como si fuera parte del trabajo. Un trabajo ahí, en el medio de una estepa ventosa y helada casi siempre, con una casa chiquita a unos metros de la escuela. Ni perro tenía. Lo tuvo, pero un día se fue y no volvió a verlo. Se decía que andaba un puma por la zona, quizás lo habría matado. No quiso otro.

También, contra todo sentido común, tenía una huerta y sacaba algunas lechugas y otras verduras. El pozo todavía tenía buena cantidad de agua fresca. Para ella y dos o tres plantas era más que suficiente.

Ese viernes, mientras miraba cómo se ponía el sol con la bandera todavía en la mano, se acordó del día en que llegó. La maestra que se iba la esperó para darle la bienvenida y contarle un poco. Capaz ni hiciera falta, pero ese gesto la hizo sentirse reconfortada. Hacía poco que se había recibido y la cabeza le hervía de ideas para salvar la educación y el mundo. La que se iba se quedó hasta el lunes y le presentó a los chicos. Les dijo cosas lindas sobre las que ella también había pensado, sobre la vocación, sobre las escuelas rurales, sobre irse lejos de la familia. Les pidió que la cuiden y que la traten bien. Y los chicos lo hicieron. Tardaron un poquito, pero lo hicieron. Le llevaban pan casero, algunas tortas fritas, le escribían cartas y le hacían dibujos que fueron empapelando la pared de la salita, que a la vez era la sala de maestros y la dirección.

Incluso cuando terminaban la escuela y se iban a otro lado, algunos a hacer la secundaria lejos de ahí, a veces le mandaban unas

cartas largas, llenas de añoranzas y de ganas de volver a encontrarse. Eso le agrandó el corazón.

Las cortinitas amarillas que tenía en su ventana se las había dejado la que se iba. Tere, se llamaba. Se vieron solo una vez, esas pocas horas. Hablaron hasta la noche cerrada, mientras tomaban mate acompañadas por un farol a gas que daba una luz mortecina. Tere le explicaba cosas de cada chico. Se abrazaron fuerte, como una madre abraza a su hija, cuando vinieron a buscarla para llevarla a la estación. Incluso hubo algunas lágrimas. Lloraban por cosas distintas. Tere dejaba la escuela después de más de treinta años y se iba llena de abrazos y papelitos llenos de *tequieroseño*, unos frasquitos de dulce, escabeche de liebre, unas medias de lana cruda de oveja. Cosas, y cosas que no son cosas. Ella, en cambio, lloró porque le daba miedo no poder con todo eso, con esos poquitos chicos que la miraban medio de lejos y que no le hablaban mucho.

No tardaron en quererla y en necesitarla como al aire. No querían que terminaran las clases ni que llegara el sábado. No faltaban jamás. Eso que muchos vivían lejos. Había uno, Luisito, que tenía como una hora a caballo desde su casa, pero llegaba entre los primeros. Y todos, incluyéndola, fueron fortaleciendo esos símbolos que hacían que la escuela fuera para ellos tan importante. No hubo un día en sus más de veinte años de trabajo en el que no se izara la bandera o se cantara *Aurora*. Las voces fueron cambiando, los chicos fueron cambiando, el aula siempre con pupitres vacíos porque eran poquitos. Cada vez menos, porque los chicos fueron creciendo, no porque abandonaran la escuela. Y un día quedó Clarita sola. Tenía siete años. Estaba haciendo segundo. No cambiaron muchas cosas. Siguieron haciendo todo lo que siempre hicieron. Era como parte de un ritual que les alegraba la vida a las dos.

Ese viernes, mientras miraba por la ventana ponerse el sol, tenía el sobre sin abrir sobre la mesa. Ya sabía lo que había adentro. Pero pensaba que si demoraba en leer la carta las cosas podrían cambiar. Se sintió tentada de creer en la magia, como cuando era chica. Ella sabía que no había Reyes Magos ni Papá Noel, pero esperaba que ocurriera, esperaba que si lo deseaba mucho fuera cierto, que si le ponía el corazón se convirtiera en realidad. Sabía que era una farsa pero aun así espiaba por la ventana. Y siempre tuvo un regalito.

El membrete del ministerio y la flacura del sobre eran la realidad. Pero que permaneciera cerrado era la puerta abierta para la magia, era la resistencia. Siempre se imaginó que iba a jubilarse ahí. Esa era una decisión propia. Nadie podía obligarla a otra cosa.

¿Qué iba a decirle a Clarita? ¿O no le diría nada y simplemente dejaría que se encuentre el lunes con la escuela cerrada? ¿La esperaría el lunes para decirle que se vuelva a su casa? ¿Debería haber citado al padre? No entendía por qué sería ella quien tuviera que asumir la responsabilidad de dar estas noticias.

Hacía muchos años había muerto uno de los chicos de la escuela. Fue un accidente tonto y horrible a la vez. Ella tuvo que darles la noticia a los compañeros. Fue duro, doloroso. Pero estaba bien. Era parte de ser su maestra, su guía. Se acordaba del silencio de los chicos mientras ella hablaba intentando que no se le quebrara la voz. Los ojitos grandes que la miraban fijo. Entendían, por supuesto que entendían. La muerte es parte de la vida en el campo. Comer carne significa carnear la vaca, hacer puchero significa matar la gallina. Con los compañeros es distinto. No existen justificaciones para la muerte. No lloraron. Se silenciaron mucho tiempo, las voces bajaron el volumen y se rieron poco. Tardaron en ocupar el pupitre. Pero hasta a la muerte y a la ausencia uno se acostumbra.

Esa vez no pudo hacer nada. Lo que ocurrió, ocurrió sin que ella pudiera ni siquiera pensar en una solución, y eso la dejaba exenta de toda responsabilidad. Pero esta vez había sido distinto. Cuando le avisaron fue hasta el pueblo a hablar por teléfono. Habló con tres personas que la escucharon y se transfirieron la llamada de una a otra. Pagaba ella. Era larga distancia, pero valía la pena. Todos la escucharon, todos fueron sensibles y empáticos. Todos le dijeron que verían lo que podían hacer. Pasaron quince días y no tuvo noticias. No recibió una carta ni una llamada ni nadie fue a verla a la escuela.

Volvió a llamar. Esperó varios minutos a que ubicaran a las personas con las que ella había hablado. Solo una estaba ese día en el ministerio. No, no había podido avanzar con el tema, estaba muy complicado. Que volviera a llamar. Lo hizo a los tres días. Cada vez que eso ocurría tenía que dejar la escuela, avisarle a Clarita que no viniera o que viniera más tarde. La persona que la había atendido la última vez no estaba, pero sí estaba otra con quien había hablado antes. No, tampoco tenía noticias. Era un tema complicado. Vería qué podía hacer, aunque no le prometía nada. Sí, claro que entendía, entendía todo, toda la situación, pero debía comprender que no era la única. Que llamara en unos días.

Cuatro días después, y ya casi se cumplía un mes de que recibiera la noticia, volvió a ir al pueblo. Esta vez nadie pudo atenderla. De ahí se fue a la casa de Clarita, les contó a los padres que tendría que viajar por razones que prefería explicarles en otro momento, que estaría ausente unos días, no más de tres, que dejaba algunas tareas para que Clarita hiciera y que esperaba estar el lunes de vuelta. No creía que fuera una buena idea decirles a qué iba. Para qué. Qué podían hacer ellos.

No pidió la licencia porque tardarían tanto en contestar que sería inútil. Además sabía que le dirían que no había suplentes

disponibles para tan poquitos días. Armó su valija con dos o tres cosas, no precisaría demasiado. Por suerte tenía dinero ahorrado y los gastos no serían un problema. Después vería cómo recuperarlo. El viaje era largo. El colectivo viajaba de noche. Pena.

Disfrutó del atardecer, que tiene tanta magia, pero después nada más. Las pocas luces en los accesos a los otros pueblos no alumbraban más allá de dos o tres casas y parte del camino. Igual lo conocía de memoria. Lo bueno de no poder perderse en la profundidad del paisaje es que pudo pensar mucho. Armó en su mente todos los argumentos que creía necesarios. Sobraban incluso. Tenía datos, nombres, proyectos. Llegó cuando el sol empezaba a asomar. En la terminal se lavó un poco, se arregló el pelo y tomó un café con dos medialunas. Hacía rato que no comía medialunas. Esas cosas eran de las pocas que extrañaba. Eso y las verduras frescas, las ensaladas con muchos ingredientes. Cosas como endivias, que eran imposibles de conseguir donde ella estaba. Sonrió.

El taxi la dejó en la puerta del ministerio. «La gente es amable», pensó, y eso la llenó de una esperanza difusa. Esperó varias horas sentada en un banco de madera lustrosa. Tantas personas se habrán sentado ahí. Si fumara el tiempo pasaría más rápido. Igual no iba a empezar ahora.

70

Las personas con las que había hablado no estaban. Tuvo que explicar todo otra vez. Desde el principio. Pero cada vez que explicaba podía hacerlo mejor. El despacho del hombre que la atendió tenía mucha luz y plantas con flores. Eso hablaba bien de él. No la atendió en el escritorio sino que la invitó a sentarse en unos sillones de cuero verde que estaban alrededor de una mesa ratona de vidrio. Le convidó un café y masitas. No quiso comer más de una. Estuvo tentada de agarrar otra, pero no. Una estaba bien. El hombre la miraba directo a los ojos. La escuchaba concentrado. Cada

tanto tomaba nota de algo que ella decía. Tenía un perfume especial, le sonreía, no hablaba, escuchaba y sonreía. Unas pocas veces la interrumpió para preguntarle algún detalle, algo que ella había omitido y que era imprescindible para comprender la situación. Estuvo más de una hora con él. Se despidieron. Él le dio su tarjeta y le prometió que le haría saber cualquier novedad.

Paseó un poco por la ciudad, pero estaba inquieta por volver. No le gustaba el ruido, la gente, la multitud, las luces, las ofertas. Odiaba comprar y las vidrieras le revivían ese odio visceral por la moda. Se fue caminando hasta la terminal y se sentó en un banco entre miles de desconocidos. Pensaba en las historias, los miedos, los deseos, las ideas de cada uno de ellos. En el viaje de vuelta, también nocturno, durmió. Tuvo un sueño inquietante con el hombre que la había atendido. Se despertó y la alivió saber que era un sueño. Despacito se dejó ir hacia el sueño otra vez, mientras el colectivo la llevaba a su tranquilidad.

Tres semanas después no había noticias. Fue al pueblo y llamó al número que figuraba en la tarjeta. Preguntó directamente por él, como le dijo. No, no trabajaba más en el ministerio, que en qué la podía ayudar. No supo qué contestar. Cortó. Pensó un rato y volvió a llamar y esta vez preguntó por alguna de las personas que la habían atendido las veces anteriores. No, no estaban disponibles. O habían sido trasladadas. La verdad no importaba. En qué la puedo ayudar, y empezó a explicar todo otra vez. Lo hizo sin pasión, pero prolijamente. La escucharon con paciencia y fue derivada de una persona a otra. Cualquier novedad le haremos saber. Estaban al tanto de la situación. Eso era una buena cosa. Ese viernes, como un mes después, llegó el sobre.

En la medida en que se hacía más oscuro, se agrandaba la idea de la rebelión. No. No les entregaría la escuela, la llave, los registros.

No les entregaría sus sueños. No les daría el gusto. La carta en un sobre era un comunicado frío, lo sabía sin haberlo leído.

Sin prender el farol buscó todos los registros, notas de clase, legajos, libros, cuadernos. Hizo una pila enorme de papeles sobre el escritorio de madera. Amorosamente dobló todos los dibujos y los juntó con cartas que había recibido en esos veinte años. Había cartas de su mamá, que la extrañaba, y de sus hermanas, que se distanciaron porque la vida es así, cada uno elige lo que quiere hacer y a veces el tiempo no alcanza para sentarse a contestar una carta. Las atesoraba, junto con las fotos de sus sobrinos, amados y casi desconocidos. También tenía algunas postales de viajes de otros, que llegaban meses y meses después del regreso, tan lento era el correo en esa zona. A todas esas cosas las puso en la valijita de cuero que usaba las pocas veces que elegía irse unos días, junto con alguna ropa. Poca, por si se arrepentía. Arriba de todo, la carta del ministerio sin abrir. Dobló la bandera, la puso sobre la valija al lado del mástil, sobre una silla.

Cerró la escuela con llave, prendió una vela, abrió el gas de la garrafa y se sentó en su silla mientras afuera la noche estaba repleta de estrellas.

Índice

- 9. La nevada
- 17. Tres cosas
- 21. Ese aire de la tarde
- 23. El vuelo
- 29. La noticia
- 31. Crisol de razas
- 35. Quizás el viernes
- 41. La pasta de mamá
- 47. Un crisantemo rojo
- 51. El silencioso mundo de José Albino Quesada
- 55. Silencio frío
- 57. Monstruos de agua
- 63. Una noche estrellada
- 65. El último viernes
-
- 75. ¿Quién teje?
- 83. Patagonia: el sentido de la(s) existencia(s)

¿Quién teje?

Mónica de Torres Curth

Nací en Bariloche en 1961, donde resido. Estudié Matemática, realicé un posgrado en Enseñanza de las Ciencias y en unos meses terminaré un doctorado en Biología. Me desempeño como docente e investigadora de la Universidad Nacional del Comahue, donde además dirijo una revista de divulgación científica. Escribir es parte de mi trabajo y me apasiona. Hace poco tiempo, escribí un libro de divulgación científica titulado *Los reyes de la pasarela. Modelos matemáticos en las ciencias* (F. de Azara, 2015). Siempre he sido una lectora apasionada. He leído cuanta cosa cayó en mis manos. La lectura ha definido mis gustos y proyecciones en la escritura, ya que empecé desde muy chica, aunque recién comencé a escribir sistemáticamente, y con un acercamiento al oficio, siendo ya adulta, participando en talleres literarios. Estas actividades generaron vínculos muy cercanos con otros escritores con quienes comparto espacios creativos, de escritura, lectura, crítica literaria y, por qué no, algún asado y un buen vino. He ganado algunas becas y premios literarios. Participé en antologías de cuentos, como por ejemplo la titulada *Casi nada en el viento* (1999) y en varios números de la revista de la Escuela de Arte La Llave, *Recuento*.

La narrativa breve como intensidad y efecto

Escribo cuentos porque el género tiene particularidades que me atrapan. Por un lado, la intensidad excepcional a la que obliga la brevedad, que requiere de una enorme economía de palabras. No hay adornos, no hay vueltas. Sería algo así como «tenemos poco tiempo, hay que resolver y no nos podemos distraer». Por el otro, pero relacionado con la intensidad, me encanta lograr el efecto de apabullamiento en el que lee la historia.

En cambio, géneros como la poesía y la novela me resultan desafíos extremos y tampoco he tenido la necesidad (o el coraje) de indagar en ellos.

78 Mi acercamiento al cuento quizás lo deba a mi derrotero en la lectura. He leído muchas novelas apasionantes, autores que admiro, como Gabriel García Márquez, Doris Lessing, Henning Mankell, Paul Auster. Leo de todo. Me gusta la novela policial, la ciencia ficción y también otros subgéneros dentro de la novela. Pero a la lectura de cuentos me acercó ese golpe de efecto del que habla Julio Cortázar, que me atrapó. Hice algunos talleres de lectura que me permitieron conocer muchos autores. He disfrutado cuentos de grandes escritores como Roberto Arlt, Jorge Luis Borges, Cortázar, Liliana Heker, Héctor Tizón, Juan José Saer, para mencionar algunos autores argentinos clásicos, o algunos más modernos y recientes como Eduardo Sacheri, Samanta Schweblin o Gabriela Cabezón Cámara. Estas dos últimas autoras desarrollan narrativas que rompen los moldes del cuento clásico. Me gustan porque muestran que no

hay leyes en la escritura. También admiro cuentistas clásicos extranjeros como Antón Chejov, J. D. Salinger, Marguerite Yourcenar, Katherine Mansfield y otros. También con mis amigos escritores solemos discutir y compartir opiniones sobre libros que nos gustaron (o no).

Otro aspecto interesante de los cuentos es que relatan hechos, y esos hechos podrían ser parte de la cotidianeidad de alguien. Pero si no lo son, basta con que esa cotidianeidad y el personaje sean verosímiles. Ahora, por ejemplo, me encuentro trabajando en un libro de cuentos que indaga sobre las distintas formas de la violencia. Para desarrollar los cuentos pienso que alguien, una persona de carne y hueso, ha tenido que transitar esa situación. Busco ponerme en la piel de esa persona. Tanto del violentado como del violento, que son dos caras de un mismo suceso. No son cosas que me hayan pasado ni remotamente, pero las escucho, las observo, las leo, las pienso. Mi escritura no es autorreferencial. Por ejemplo, varios de los cuentos que componen este libro transcurren en zonas rurales o periurbanas que, si bien conozco un poco, no son parte de mi vida. Pero al recorrer esos lugares, pienso en la vida de personas que tal vez ni existen, en su soledad, sus luchas, sus deseos más íntimos. Sin embargo, a mis personajes sí los conozco profundamente. Sé quiénes son, qué piensan, qué sienten, cómo actuarían frente a tal o cual hecho.

79

~~*

Escribir es un acto íntimo, de contacto de uno con uno mismo. Suelo escribir a la noche, o los fines de semana cuando está feo. Para mí un día feo no es un día para mirar tele, sino para leer o escribir. Me pasa que hay ideas, temas o situaciones que me inquietan y que, de alguna manera, ocupan mis pensamientos. No estoy escribiendo a

¿Quién teje?

cada rato, de hecho tengo poco tiempo y quizás pasan varios días –a veces semanas– en los que no escribo. Incluso he tenido largos períodos sin escribir. En los últimos años, sin embargo, he logrado sostener un ritmo de escritura y creo que lo debo en parte a la interacción con otros escritores, gente que comparte la pasión por leer y escribir, y que conocí gracias a la literatura. Participo de varios espacios que se generan entre escritores (por ejemplo, unos encuentros quincenales en Villa La Angostura) y eso funciona como motor para mi escritura. Compartir los textos con otros, discutirlos, analizarlos, perfeccionarlos, es un ejercicio excepcional para mejorar los textos propios y un estímulo para seguir produciendo. Imagino que debe ser algo similar a un grupo de amigos apasionados por el fútbol, a quienes les encanta juntarse, hablar de jugadas, goles, partidos, jugadores, anécdotas, mundiales. Con la escritura es igual.

* ** *

Pienso al arte como un espacio de reflexión, de denuncia, de explicitación de cosas que necesitan ser explicitadas. En particular la literatura, que tiene la herramienta perfecta para eso. Y es también un espacio de libertad. La palabra, especialmente la palabra escrita, es muy poderosa y puede ser transformadora.

80

El cine y la fotografía son cosas que también disfruto. Muchas veces alguna imagen, una escena de una película o un guion de diálogo son detonantes para mi escritura. Incluso sin que me dé cuenta. En cambio, no miro televisión, me aburre tremendamente. En mí, la escritura y la fotografía están unidas. Lo que creo que vincula a la fotografía con mi escritura es que ambas requieren de un tiempo de contemplación y de observación minuciosa. Una buena fotografía está tanto en la composición como en los detalles. En detalles muchas veces sutiles. Creo que eso se conecta con mis textos.

Soy una apasionada de la tecnología. Me encanta descubrirla, usarla, disponer de todos sus beneficios. La posibilidad de acceder a cosas antes inaccesibles a una distancia de un clic, con solo tener acceso a un celular y una conexión a internet, me resulta cautivante. Pero la interacción con estas tecnologías requiere de respuestas aceleradas. Esta inmediatez también nos lleva a una vorágine de datos e información y de respuesta. Esto es tremendamente enriquecedor. Pero también tiene su lado peligroso. Es importante darse el espacio para la reflexión. La escritura es un proceso reflexivo, y como tal, requiere de tiempo y de maduración. Es como hacer crecer una planta. Hay que cultivarla, regarla y darle tiempo.

Patagonia: el sentido de la(s) existencia(s)

Rodrigo Guzmán Conejeros

Una de las posibles claves de lectura de esta obra consiste en comprender que lo humano se expresa a partir de las decisiones que se toman en la vida. En *Todo lo que debemos decidir*, los personajes se construyen a partir del ejercicio de esa acción y definen, así, su ser en el mundo.

La cuestión se tematiza claramente en «Ese aire de la tarde». El protagonista intenta captar un sentido acerca de su vida y para ello «desovilla» sus recuerdos y se pregunta el porqué de sus decisiones en tanto «cada decisión obliga a un abandono y cualquier abandono duele». Se ubica, así, como un sujeto que se pregunta por el sentido que ha trazado su vida desde que ha abandonado su terruño natal, al que hoy regresa solo para no encontrarse más con los ojos de su madre «que, justo hoy, se han cerrado». La decisión define el sentido de la vida haciendo responsable al ser humano de su propio destino y el cuento ficcionaliza la experiencia humana frente a la muerte, el último límite que nos separa de lo inanimado (lo que no tiene alma).

De manera que lo humano se muestra en estas narraciones como expresión de las decisiones que los personajes toman frente a experiencias como la pérdida, el dolor, la incomprensión, el odio, el amor, la injusticia, la ilusión, el miedo, la alegría, la vida y la muerte; decisiones que se ven condicionadas por los límites que imponen las contingencias propias de seres situados en un espacio

determinado (la Patagonia) y sometidos a sistemas (económico, político, moral, cultural, etcétera) que corresponden y que los sujetan a distintas realidades o a universos particulares.

Siguiendo esta clave de lectura, es posible analizar este libro a la luz de la filosofía y estética existencialista definida por Jean-Paul Sartre y Albert Camus a partir de 1940, que postula que lo humano no está dado *a priori* en tanto «la existencia precede a la esencia».¹ Esto quiere decir que la esencia de cada ser humano es el fruto de los actos (de las decisiones) de su existencia y que estos actos, asimismo, definen lo humano en su totalidad.²

Al respecto, los personajes de estos cuentos, a partir de sus decisiones, crean un sentido sobre su existencia que sirve como un medio de definición de lo humano, lo cual se vincula con el compromiso político sartreano. Por su parte, Camus concibe la literatura más allá del compromiso político contingente entendiendo que debía apuntar al «cuestionamiento del humano en su ser y su pensar»;³ es decir que debe convertirse en exploradora de los modos de ser humano. Por eso, lo literario es también una forma de acción y de conocimiento que intenta constituirse en una antropología poética o en una poética antropológica. La estética existencialista realiza

1 Sartre, Jean-Paul (1982). *El existencialismo es un humanismo*. Madrid: Edhasa.

2 Al respecto, María Paula Lizarazo Cañón explica que «solo eligiendo es que un hombre se da un ser, es decir que cuando un hombre elige, está eligiéndose a sí mismo y volviéndose un ser para sí, pues el hombre es libre y no tiene otra opción que hacer elecciones: el hombre es siendo libre» («Albert Camus y Jean-Paul Sartre: la confrontación existencialista del siglo», en diario *El espectador* del 25/11/2016, disponible en <http://blogs.elespectador.com/cultura/el-magazin/albert-camus-jean-paul-sartre-la-confrontacion-existencialista-del-siglo>).

3 Lizarazo (*op. cit.*).

este objetivo proponiendo ficciones con personajes que simulan existir y exploran (y permiten al lector explorar) la complejidad de lo humano en situaciones en que deben hacer frente a los condicionamientos propios de la vida.

En este sentido, la mayoría de estos cuentos tiene como tema las experiencias de mujeres, hombres y niños en el territorio patagónico y, por ello, puede entenderse que constituyen una exploración del vínculo entre ser humano y mundo, que dicen acerca de los modos de ser y estar en la Patagonia. Al respecto, el territorio aparece representado en varios textos asociado a la dureza del clima; como en «La nevada», que narra cómo un paisano debe escapar de una nevada que mata a todos los animales de su campo, excepto a una oveja. Ante esta situación, el personaje debe decidir qué hacer y elige arriesgarse a buscar socorro, acompañado de su perro y la oveja. Sin embargo, el resultado final es la muerte, no sin antes haber transitado un túnel donde aparecen personajes fantásticos (un hombre que lo invita a comer mientras su mujer cocina y cuida a un niño; entre otros seres de dudosa existencia material) que se asocian con las decisiones que el personaje había tomado y le provocan angustia: «Una añoranza le cerró la garganta y deseó haber tenido un hijo».

Esta soledad también aparece en «El vuelo», en donde se muestra a un hombre atrapado por su propia debilidad de carácter, pues su vicio con el alcohol le hizo perder el trabajo y lo sentencia a la condena social y a los límites de la supervivencia, sin poder alimentar a su familia. Frente a esta situación, el hombre decide salir de cacería de pumas por la meseta patagónica, a dos o tres días de caminata desde el pueblo. Y hacia allí se dirige con un rifle viejo, un puñado de balas, sin experiencia, muy poca ropa de abrigo y casi nada de comida y agua. En esas condiciones se enfrenta a las duras

pruebas que imponen el clima y la topografía —con escasas fuentes de agua dulce y cañadones que forman valles estrechos de difícil acceso—, sumado al peligro concreto que representaba el puma mismo. Estas circunstancias lo conducen por el camino de la pesadilla, la fiebre, el delirio y la muerte, alimentados por el miedo primitivo o preternatural que representa la memoria genética de la especie en las épocas en que éramos presas fáciles de carnívoros como el puma.⁴ De esta manera, el cuento muestra que la conciencia del personaje se encuentra alienada por la ilusión, que le hace creer posible que podría cazar al puma en esas condiciones paupérrimas y que sostiene aún en su delirio final, cayendo por el cañadón.

Otro tipo de soledad y de muerte se narran en «Una noche estrellada», en donde el aislamiento lleva a la muerte de un paisano tras caerse del caballo y quedar incapacitado para moverse. En esas condiciones, el personaje encuentra un espacio de libertad en el pensamiento y la memoria, que lo lleva a los recuerdos felices de su infancia cuando se bañaba en el río, y ello sirve como un modo de fundirse con la naturaleza (el agua y la noche) para alcanzar la muerte, el último límite de lo humano. En este sentido, el cuento dialoga intertextualmente con *El extranjero*, célebre novela de 1942

86 4 Para el hombre primitivo, todo lo real era preternatural, lo cual significa que todo fenómeno estaba afuera o más allá de lo natural; como explica H. P. Lovecraft (1998): «lo desconocido, al igual que lo impredecible, se convirtió para nuestros primitivos antecesores en una fuente ominosa y omnipotente de castigos y de favores que se dispensaban a la humanidad por motivos tan inescrutables como absolutamente extraterrenales, y pertenecientes a una esfera de cuya existencia nada se sabía y en la que los humanos no tenían parte alguna» (*El horror sobrenatural en la literatura*. Buenos Aires: Editorial Leviatán).

de Camus que narra las posibilidades de libertad que le brinda el pensamiento a un hombre condenado a prisión.

Cabe recordar aquí que para el existencialismo la libertad es una condición propia del ser humano. «El hombre está condenado a la libertad», dice Sartre, y esto significa que está obligado a decidir aun cuando las condiciones externas parecieran impedir ese libre ejercicio. Ello constituye una condena pues «el hombre sin ningún apoyo ni socorro, está condenado a cada instante a inventar al hombre»⁵ y obligado a actuar aun sin esperanzas. En este sentido, hay varios cuentos del volumen que exploran existencias simuladas sometidas a condiciones sociales abusivas; sumidas y atrapadas en la pobreza, la manipulación y el abuso de poder.

Así, en «Tres cosas» un niño desamparado en situación de calle debe sufrir tempranamente la violencia social que se traduce en desconfianza, miedo y falta de solidaridad por parte de la mayoría de las personas. Por ello siente que debe aguantar «como un hombre, aunque tenía seis» la pelea a puñetazos con el Moncho, otro niño un poco mayor que él con quien comparte la comida obtenida y la tibieza de sus cuerpos que les aseguran la supervivencia en el duro clima patagónico, pues duermen «en la puerta de la iglesia del lado que no pega el viento». Pero más que los golpes, al niño le duele especialmente «que lo dejaran solo y que le dijeran que no lo querían ver nunca más» pues lo abandonan al desamparo más absoluto.

Justamente en esa situación el pequeño se enamora de una hermosa mujer que se solidariza con él invitándolo con chocolates y medialunas en una chocolatería y, con ello, le da acceso a un espacio vedado por su condición social. Sin embargo, la mujer finalmente lo deja abandonado a su suerte y «en la más absoluta desolación». Y esto recuerda a las andanzas de adolescentes pobres que narró

5 Sartre (*op. cit.*).

Roberto Arlt en *El juguete rabioso*, novela corta de 1926, ya que también los personajes viven enamoramientos súbitos y efímeros con mujeres hermosas pero inaccesibles para ellos, lo que los sumerge en ilusiones de las que despiertan solo para enfrentarse de nuevo y definitivamente con la violencia cotidiana de sus vidas.

Finalmente, interesa enfatizar que su enamoramiento surge como respuesta frente a la compasión que la mujer le brinda; que es una de las tres cosas que recuerda de ese día pero que, como el personaje declara, no volvería a sentir «nunca más».

Por su parte, tanto en «La pasta de mamá» como en «El último viernes» nos encontramos con mujeres que deben enfrentar la violencia social y simbólica y el abuso de poder que las llevan a la transgresión de las leyes sociales mediante el delito y el atentado suicida, obligadas por la desesperación frente al imperio de poderes que las avasallan. Así, en el primer cuento una mujer se dirige a comprar fideos a un supermercado para darle de comer a sus hijos y el conflicto deviene por la distancia entre sus deseos y sus recuerdos con su realidad presente. Asocia los fideos de cinta ancha a la felicidad pasada con su expareja, pero no los fideos baratos marca Kiwi que son los únicos que puede comprar, de mala calidad, sino un pasado donde comidas exquisitas y abundantes le permitían pensar en un futuro distinto al presente que está viviendo. Nada de eso existe ya y eso le provoca angustia frente a su destino.

88

Esta situación hace crisis en ella cuando enfrenta su realidad con el eslogan publicitario del cual la autora extrae el título—«Tallarines Lucchetti, la pasta de mamá»—que construye y le impone un «deber ser» de madre—aquella que alimenta bien a sus hijos—que la golpea con su violencia simbólica al condenarla moralmente por su condición de pobreza. El resultado es la transgresión mediante el robo de la mayor cantidad de fideos de calidad que puede llevar encima.

Cabe destacar que la protagonista le da todos los paquetes, menos uno, a una mujer aún más pobre que buscaba comida para sí y sus hijos en la basura y de quien había desconfiado inicialmente. De esta manera, se opera un paso al acto en ella que implica desligarse de los absurdos patrones morales de la sociedad burguesa para abrazar la solidaridad con la otra mujer, a la que logra reconocer como una igual y que la conduce a decidir responsabilizarse por ella.

La responsabilidad es uno de los principios que rige la doctrina existencialista en tanto el ser humano debe comprometerse con los otros, aun asumiendo la transgresión criminal como método, tal como plantea Sartre al aceptar la violencia revolucionaria.⁶ En este sentido, el cuento «El último viernes» narra la historia de una maestra rural que se rebela contra la decisión del gobierno provincial de cerrar la escuela por falta de matrícula. En un principio, la maestra apela a las vías administrativas establecidas por la sociedad para evitar la clausura de la escuela, por lo que se describe su atribulado periplo por funcionarios que siempre le decían que se ocuparían del problema pero que desaparecían sin noticias y que la lleva, incluso, a la misma sede del Ministerio de Educación.

Sin embargo, nada de ello sirve y la decisión final del ministerio la hace tomar, a su vez, la decisión de rebelarse frente a la injusticia, pues en ello se cifraba su identidad como mujer independiente en tanto le permitía mantenerse sin cumplir con el mandato social de

6 Y en ello se diferencia de Camus, quien publica en 1951 *El hombre rebelde*, que denuncia los crímenes del estalinismo, lo cual lo enemista con la izquierda en general y con Sartre en particular. Al respecto, María Paula Lizarazo Cañón (*op. cit.*) explica que Camus llega a «rechazar la revolución relacionándola con la violencia, pues, por ejemplo, considera que el régimen de Stalin, comparado con el régimen Nazi, también se apoya en una idea de absolutismos que engendra terror y violencia entre las personas».

casarse y tener hijos. Su fuerza de voluntad la lleva a no dejarse avasallar por el poder y prefiere morir destruyendo al mismo tiempo la escuela con una explosión de gas, como un límite extremo frente al ejercicio deshumanizante del poder, como un salto al vacío realizado por elección propia antes que ser empujada por la burocracia gubernamental.

Finalmente, interesa enfatizar en tres cuentos que exploran el mundo de los niños desde perspectivas particulares que contrastan con las del mundo de los adultos. En «Crisol de razas» una niña mapuche que vive en el campo y asiste a la escuela rural construye un sistema de valores falso a partir de la intervención pedagógica del Estado, que establece y difunde una imagen de ser nacional que excluye su identidad. Ello le provoca sufrimiento frente al contraste con sus padres, a los que ve distintos y peores que los modelos patrióticos –aristocráticos y burgueses– y le impide ver el trabajo duro y heroico que sus padres realizan diariamente para que ella esté sana, bien alimentada y abrigada, a pesar de la pobreza.

90 Por su parte, en «Monstruos de agua» un niño acompaña la agonía de su madre mientras sufre por la situación, de la que es consciente a pesar de su edad, pues se ve obligado a desnaturalizarse, tratando de «no molestar» y dejando de jugar para acompañar todo el tiempo posible a su madre en un intento ilusorio por conservar su vida. Cuando la muerte se produce, el niño, que es el único que la acompañaba, sufre tanto espanto que huye por el bosque, de donde es rescatado por un hada que lo devuelve a su casa para que su abuela pudiera verlo como él realmente era: un niño pequeño, solo, triste y asustado, y con ello recupera su condición humana esencial.

Finalmente, en «El silencioso mundo de José Albino Quesada» se describe la vida de un niño desde su nacimiento, con la

particularidad de que su desarrollo y percepción del mundo es distinta a la del resto pues logra conocer detalles y elaborar categorías desde perspectivas inéditas y distintas, pero no habla ni logra interactuar efectivamente con su familia pues está sumergido en abstracciones y modalidades de relación con lo real que lo distinguen del modo definido por los estándares de normalidad.⁷

En definitiva, este libro opera como una máquina de fabulaciones que exploran experiencias humanas cuyas distintas trayectorias vitales se definen a partir de las decisiones de los personajes y construyen el sentido de esas vidas simuladas. Al respecto, las experiencias frente al límite (la violencia, la locura, la desesperación, el miedo, la muerte, etcétera) obligan a los personajes a ejercer su libertad, aunque esta sea guiada por la ilusión, la desesperación, la rebeldía o la responsabilidad para sí y para los otros. En este sentido, este volumen invita a habitar la vida de los otros por vía de la ficción para extraer de allí rasgos de lo humano propios de seres que existen en la Patagonia. Con ello la autora adscribe a la estética existencialista en tanto (como señala Saúl Yurkievich) lo literario pueda servir «para fundar (como el mismo Jean-Paul Sartre lo predica) un nuevo humanismo que procure el pleno ejercicio de todas las facultades y posibilidades humanas», aunque ello vaya en contradicción con los mandatos morales y jurídicos o con los modos «normales» de ser y estar en el mundo.⁸

7 La mirada de este niño recuerda a las perspectivas de «Funes, el memorioso», cuento de Jorge Luis Borges de 1944 en el que el personaje era capaz de proponer una mirada inédita sobre la realidad a partir de una percepción extraordinaria que le hace distinguir detalles o modos de comprender lo real inaccesible al resto de los personajes.

8 Yurkievich, Saúl (2011). «Un encuentro del hombre con su reino». En J. Cortázar (2011), *Obra crítica I*. Buenos Aires: Suma de Letras Argentina.

ACERCA DE RODRIGO GUZMÁN CONEJEROS

Profesor en Letras y especialista en Literatura Hispanoamericana del Siglo xx. Profesor adjunto de Literatura Argentina en la Universidad Nacional del Comahue (UNCO) y del Seminario de Periodismo Cultural en la Universidad Nacional de Río Negro (UNRN). Como investigador, indaga sobre la literatura fantástica argentina y los relatos de viajeros a la Patagonia.



Dirección editorial: Ignacio Artola
Coordinación de edición: Natalia Barrio
Edición y corrección de textos: Jaime Bermúdez Vásquez
y Diego Martín Salinas
Corrección de estilo y pruebas: Silvana Pérez León
Diagramación y diseño: Sergio Campozano
Imagen de Tapa: Editorial UNRN, 2018



© Universidad Nacional de Río Negro, 2018
editorial.unrn.edu.ar

© Mónica de Torres Curth, 2018

© Rodrigo Guzmán Conejeros, 2018

Queda hecho el depósito que dispone la Ley 11.723

De Torres Curth, Mónica

Todo lo que debemos decidir / Mónica de Torres Curth

Primera edición - Viedma : Universidad Nacional de Río Negro, 2018

94 p. ; 19 x 13 cm. (La Tejedora)

ISBN 978-987-3667-89-3

1. Narrativa. 2. Narrativa Argentina Contemporánea. 3. Cuentos. I. Título.
CDD A863



Licencia Creative Commons

Usted es libre de: compartir-copiar, distribuir, ejecutar
y comunicar públicamente esta obra, bajo las condiciones de:
Atribución – No comercial – Sin obra derivada

la tejedora

Esta colección quiere acercar el trabajo de autores rionegrinos
e incentivar la lectura con un decidido anclaje
en el territorio y el paisaje patagónico.

Serie Narrativa

Todo lo que debemos decidir, de Mónica de Torres Curth

El banquete de los monstruos, de Fabiola Soria

Al sur del río sin tiempo, de Walter Nievas

Serie Poesía

El silencio es un punto de partida, de Damián Lagos Fernando

La ruta de ícaro, de Carina Nosenzo

Puelches, de Silvia Castro



Entrá y conocé más de la colección

TODO LO QUE DEBEMOS DECIDIR

fue compuesto con la familia tipográfica Oswald y Alegreya
en sus diferentes variables.

Se editó en octubre de 2018,

en la Dirección de Publicaciones-Editorial de la UNRN.

Impreso en La imprenta Ya s.a. Buenos Aires, Argentina

Pensó en la mujer que revolví la basura. Quizás fuera más feliz. Pensó en esos pibes mojados que esperaban la comida que la madre les buscaba en la basura. Pensó en sus propios hijos, en la bola de fideos Kiwi pegoteados en la olla y también en cuál era la diferencia. Solas las dos, con los chicos esperando en silencio. Y el frío, ese frío de mierda que dura tanto, y la lluvia.

Los personajes de estos cuentos se definen en la encrucijada de sus decisiones, asumiendo siempre las consecuencias de sus actos en los duros espacios patagónicos que habitan. Mónica de Torres Curth propone un humanismo que interroga a la Patagonia y procura el pleno ejercicio de la libertad, aunque vaya en contradicción con los mandatos morales y jurídicos o con los modos «normales» de ser y estar en el mundo. Pues hay que convenirlo de una vez: vivir no tiene nada de normal.

